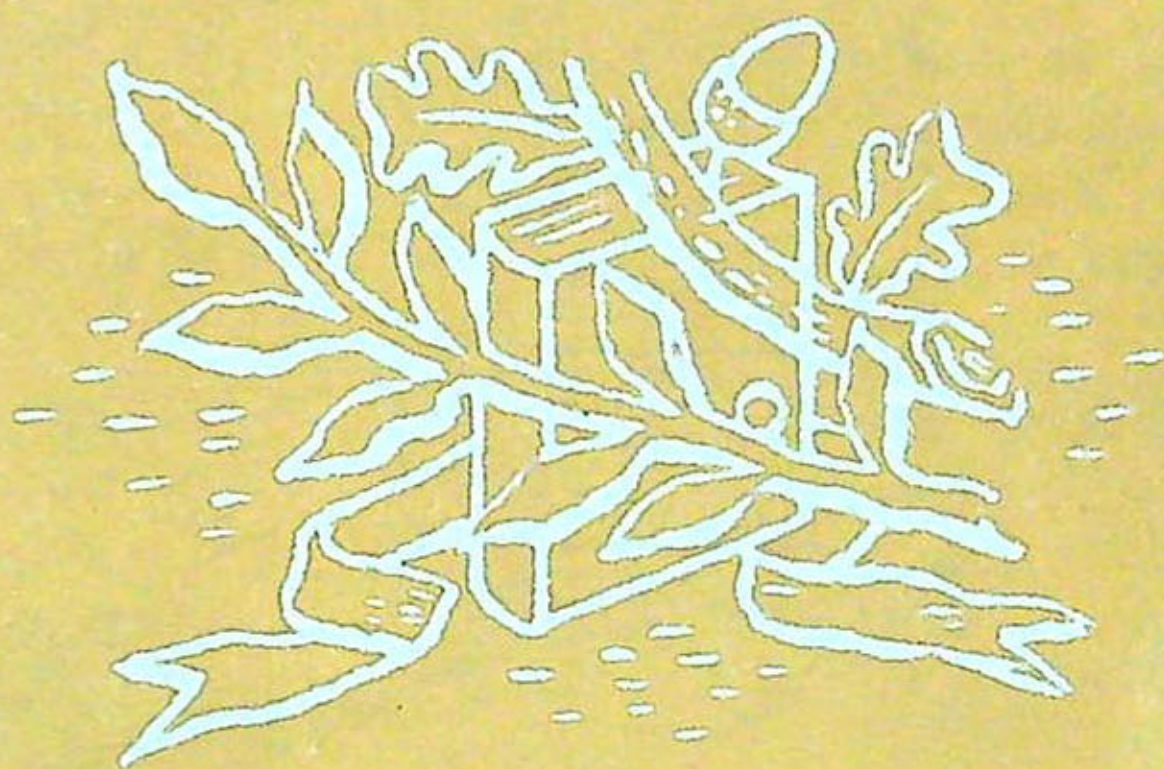


CURSOS

Y

CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES



SUMARIO



V JOAQUIN XIRAU: Dimensión del tiempo. — WALTER H. DELAPLANE: Los ciclos económicos en los Estados Unidos. — Política fiscal de la posguerra. — GUIDO DE RUGGIERO: Interpretación del Romanticismo. — Vida del Colegio. — Los libros. — Índice del volumen XXIX.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

À Ñ O XV
Volumen XXIX
Número 174

DESPLGADO

SEPTIEMBRE
1 9 4 6
BUENOS AIRES

CURSOS Y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 189.874

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, revisadas y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL, \$ 12.— ☆ NUMERO SUELTO, \$ 1.50
EXTERIOR, ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

Dirección y Administración: CANGALLO 1372 — U. T. 38 - 2432
BUENOS AIRES — ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

Secretaria:
BEATRIZ MAAS

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

JORGE THENON: Homenaje a Avelino Gutiérrez.
— GUILLERMO BELLEVILLE: El método de Avelino Gutiérrez. — ARIEL MAUDET: La Condesa de Noailles. — WALTER H. DELAPLANE: Problemas del comercio internacional. — Estabilidad monetaria internacional. — Vida del Colegio. — Los libros.

Á Ñ O X V
Volumen XXIX
Número 174

C U R S O S
Y
C O N F E R E N C I A S

SETIEMBRE
D E 1 9 4 6
BUENOS AIRES

Dimensión del Tiempo

por JOAQUIN XIRAU.

Joaquín Xirau era sin duda una de las más altas mentes filosóficas en el ámbito de nuestro idioma. Filósofo por vocación, había en su pensamiento el calor de lo intensamente vivido. Los azares de estos tiempos lo alejaron de su país, como a tantas otras figuras representativas de la mejor espiritualidad española; arraigado en México, país que llegó a considerar su segunda patria, ha cumplido allí una noble tarea de pensador y maestro que ha de dejar largo rastro. Desde hace años mantenía con el Colegio Libre una íntima vinculación; colaboró a la distancia en nuestras tareas, ofreciéndonos con entusiasmo y desinterés el aporte de su saber y de su autoridad científica y moral. El estudio que va a continuación nos lo envió expresamente para ser publicado en CURSOS Y CONFERENCIAS (1).

I

No se nos diga que no nos enteramos o que no nos hallamos a la altura de los tiempos. Detestamos el tono profético o admonitorio que han tomado ciertas formas del pensamiento contemporáneo. Nos enteramos perfectamente bien. Lo que ocurre, en realidad, es que *los tiempos* no se hallan a la altura de sí mismos. Si las cosas se empeñan

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Ver sobre Xirau el artículo de J. Ferrater Mora, en el nº 171 de esta revista.

en hundirse vano sería embarcarse con ellas por prurito de no desentonar. La denominada filosofía *existencial* — que en sus formas más resonantes deshace y suprime toda real existencia—, representa, en el pensamiento alemán y en todas las resonancias de sus ecos, una de las formas más graves de relativismo escéptico que haya conocido la historia. Nada obsta contra ello el hecho de que se presente como una ontología minuciosamente elaborada. Antes lo corrobora y confirma.

Todos los relativismos anteriores se fundaron en argumentos empíricos y no tuvieron más alcance que el que la experiencia puede otorgar. Su última razón se halla siempre en la negación de la transcendencia. Definido el ser por la presencia, sólo lo que es capaz de mantenerse en ella merece los honores de la realidad y de la verdad. Así, desde Parménides y tras Platón y Aristóteles, en los tres cuartos de la tradición occidental. El pasado y el futuro se hunden en el no-ser y en el entrecruce de ambos, el presente se desvanece en una tuga caleidoscópica de instantes. Tal es la crítica del devenir. [La realidad inmediata no es más que el paso del ser al no ser y del no ser al ser... Desde el momento en que negamos la posibilidad de transcender el instante evanescente hacia una realidad de presencia perenne, surge el escepticismo o el relativismo. Es lo que ocurre con la sofística, con el escepticismo antiguo y renacentista, con el empirismo del siglo XVIII, con el biologismo del siglo XIX...]

Todos ellos se quedan en la superficie. Roen los fundamentos. No los quiebran ni los aniquilan. Son escépticos en el sentido literal de la palabra. Niegan el acceso al ser permanente y al perderlo de vista, quedan flotantes, prendidos en el aire, oscilando ante el abismo de lo incógnito, De ahí el agnosticismo. No es la negación de la realidad. Es la liquidación o la supresión de la posibilidad del conocimiento. El "¿Qué sé yo?" de Montaigne puede ser transcendido mediante la apelación a la fe o a otras fuerzas ajenas a los designios de la razón.

El relativismo histórico actual es muy de otra índole. Frente al agnosticismo afirma una nueva forma de la *gnosis*. Pretende conocer lo real en su último fundamento ontológico. Pero de su análisis resulta que la raíz última de la existencia se halla en la evanescencia. No se halla ya lo fugaz en la superficie. Constituye la raíz última del ser. No se queda ya el conocimiento en las capas superficiales de la

realidad. Penetra en sus mismos quicios. Estos, empero, se ofrecen lábiles. Nada podemos afirmar fuera de la radical temporalidad. Pero ésta la podemos y debemos afirmar no como apariencia transitoria sino como realidad última y constituyente. La realidad, en su capa más profunda, es evanescencia y no ser. De ahí que el escepticismo se trueque en nihilismo.

Lo significativo del caso es que esta forma de nihilismo ha surgido de la confluencia de ideas implícitas en dos de los últimos y más señalados intentos de reconstrucción filosófica: Bergson y Husserl. Ambos dirigieron sus esfuerzos hacia la crítica del relativismo naturalista predominante en la época. Apenas terminada su obra, su arquitectura luminosa se hunde en el abismo de la nada. El temporalismo radical que roe sus bases es el resultado de la inmersión de la duración bergsoniana en el centro de la conciencia transcendental.

Con una diferencia sin embargo capital. La temporalidad bergsoniana es ascendente y creadora. Permíteselo la crítica de la idea de la nada implícita en todo el desarrollo de la obra y expuesta con clásica luminosidad en la *Evolución Creadora*. La idea de la nada es contradictoria y, por tanto, imposible. No es posible intuírla ni pensarla. Si lo intentamos, al punto advertiremos, que pensar en la nada se reduce simplemente a no pensar nada. 'No es posible concebir el vacío integral. La nada supone limitación. En este sentido privativo ha jugado un papel predominante en toda la tradición del pensamiento occidental y adquirido en Hegel una función ontológica constituyente. Gracias a la limitación del ser por el no ser surge la plenitud de la realidad concreta. Pero este no ser es simple privación. No presencia positiva. Así concebida no es un principio de carencia. En ella se halla la más fecunda germinación. Incluye lo positivo y lo negativo, la realidad y la posibilidad. De su presencia resulta la posibilidad de concebir que de lo menos surja lo más. Y esto es lo que se entiende literalmente por creación. De ahí que la duración bergsoniana se trueque en evolución creadora y su sistema entero en una filosofía de la iluminación. El temporalismo radical contemporáneo ha hallado la manera de introducir la nada como presencia positiva y activa. Para la conciencia clara resulta imposible pensarla, representarla o intuírla. No resiste a la luz. Para palparla es preciso penetrar en las capas tenebrosas, preconscientes e irracionales, en que se halla sumergida nuestra experiencia inmediata. Tal es el tránsito

de "los datos inmediatos de la conciencia" a los abismos de la denominada "Existencia". Es la existencia humana antes de su ascenso a las zonas iluminadas por la intuición o el concepto.

La existencia humana así concebida, es un ser en el tiempo. O mejor, no es un ser. Para poder decir que lo *es* sería preciso que fuera *algo* enunciable con un mínimum de inteligibilidad. El hombre no es. Su esencia es la existencia, es decir, la temporalidad. Aspira a ser, viene a ser, hace su ser... Aspiración constante, destino sin término, tránsito del pasado al futuro, transcendencia en la inmanencia, puro quehacer... Tal es su radical historicidad. Y esta experiencia primordial y radical — ontológica — es la experiencia de un ser limitado que termina en la muerte. En ella se halla su término y su perfección. No perfección en el sentido de algo completo y acabado sino simplemente en el de algo que se acaba. Y se acaba precisamente en trance de transcendencia, de destino inacabado, de aspiración al ser. Es un destino que no se cumple, una aspiración que no se realiza, una transcendencia que no se trasciende. La existencia humana es una realidad temporal limitada por la presencia de la muerte. "El hombre al nacer es ya bastante viejo para morir".

Tal es "el Ser que otorga ser al Ser", el ser transcendental del hombre, único fundamento de toda posible ontología. La nada y su presencia se confunden en él con la experiencia que las ostenta: el cuidado, la preocupación, la angustia. En una capa superficial — la de la vida cotidiana — la preocupación ante la incertidumbre de un porvenir sin luz; en una capa más profunda — la de la vida reflexiva — la angustia denodada que sabe vivir en presencia de la muerte.

Sobre este abismo opaco se levantan todos los valores de la cultura, todos los alicientes de la vida. Su resplandor perenne es apariencia transcendental, fulguración momentánea, proyección en el vacío. El mundo de las esencias es pantalla sin fondo, espectro, alucinación. De ella se agarra la existencia fugaz para salvarse del hundimiento. Tiene función de salvavidas. No se apoya, empero, en la compacta consistencia de un Océano. Fulgura en el espacio vacío de una superficie fosforescente y reverberante.

Nadie habrá dejado de percibir en esta dialéctica de ascetismo integral, ecos de la mejor tradición mística. Algo análogo hallamos en Pascal. Ofrécese en su más puro rigor en la Noche oscura de San

Juan de la Cruz. En ellos, empero, la oscuridad es el camino de la Luz, la aniquilación de las cosas del mundo, el camino para llegar a la presencia de Dios. A la manifestación indirecta de Dios en el mundo se substituye su presencia integral. "Para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada. Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada"... En el temporalismo contemporáneo desaparece toda auténtica transcendencia. Sin luz que se proyecte más allá de la existencia, quedamos encerrados en ésta, en una noche perpetua y angustiosa.

Desde que el hombre es hombre el tránsito temporal ha constituido para él una obsesión. A ella deben su fragancia los tres cuartos de la mejor lírica. El pensamiento filosófico surgió y persiste en buena parte merced al choque de las aspiraciones humanas con la fugacidad de su condición terrena. El relativismo histórico actual descansa en una dialéctica implacable, ante la cual el tiempo absorbe y diluye en su seno al ser.

Quisiera mostrar en estas breves notas cómo al hacerlo así no sólo destruye al ser sino que con él sucumben a la par el tiempo y la existencia. La pretendida filosofía existencial huye de lo real concreto, sus *revelaciones* se apoyan en la punta afilada de la más refinada abstracción intelectual.

II

El tiempo entraña el antes y el después y, por consiguiente, la sucesión. Ambos se disciernen en lo inmediato por su relación con lo presente. Presente, pasado y futuro son las dimensiones esenciales de la temporalidad. Toda interpretación del tiempo ha de descansar en ellas. Según que el acento se cargue en una u otra pueden lógicamente resultar y resultan, en efecto, en la realidad histórica, tres concepciones distintas y aun opuestas. Cualquiera de ellas, llevadas al extremo, concluye en la aniquilación del tiempo y de la realidad. En este extremo, pocas veces formulado, nos interesa considerarlas ahora para captar en él el quicio de su dialéctica disolvente.

El término de la cuestión se halla siempre en el Ser. Y, puesto que el devenir es lo inmediatamente dado, es preciso tratar de hallar el Ser a partir del devenir.

La primera respuesta, la más natural y obvia, es la que lo refiere todo al presente. El presente es el tiempo absoluto. No es posible concebir el pasado ni el futuro sin referirlos a él. El presente se concibe en sí y por sí. La realidad es la presencia. Ser es lo que es, no lo que fué ni lo que será. Y lo que es, es lo que se revela en la actualidad. El ser es lo actual. La realidad es la presencia.

Pero lo presente no es capaz de mantenerse en su ser. Lo tengo ahora y aquí, ante mí. Al punto se desvanece, pasa, se hace de presente, pasado. Y lo pasado no es ya. Toda presencia es instantánea. Y el instante se reduce, en el límite, a la nada. Entre un pasado que ya no es y un futuro que todavía no es, se desvanece el ser y el tiempo.

Si queremos hallar una medida para el tiempo y el ser, un orden del cambio y el movimiento, según el antes y el después, es preciso buscar su pauta en un instante perenne. Frente a la realidad del devenir, constituido por una serie sin fin de presentes instantáneos, aparece entonces la verdadera realidad en su eterna presencia. El mundo tiene y mantiene su apariencia caleidoscópica porque es reflejo de una realidad que no pasa y es capaz de mantener su presencia a través de la fugacidad de los instantes. Los instantes percederos son la reverberación momentánea del presente eterno.

Las apariencias sensoriales cambian, ahora son esto, ahora lo otro, en una serie de *ahoras* sucesivos, de instantes fugaces que emergen de la nada — el futuro — y se hunden en la nada — el pasado —. Su realidad es inaprehensible. Se deslizan, se escurren, se escapan. Apenas intentamos decir lo que son, son ya otra cosa. La eternidad, por el contrario, es capaz de revelarse. Se manifiesta, en su eterna presencia, en las ideas y las formas del intelecto. El mundo de las ideas y las formas culmina en la unidad suprema del Ser. El cambio, el movimiento, el devenir, se dan en el tiempo. No son el tiempo. La eternidad es también de naturaleza temporal. El orden de los tiempos depende del ritmo acompasado que su presencia les otorga. Es la perenne presencia, la inmarcescible permanencia, la eterna actualidad. No es de un momento ni de otro. Todos los momentos le pertenecen y se absorben en ella. En todo momento es capaz de revelarse en su realidad intacta, segura e idéntica a sí misma. Su ser es omnipresente. A la fuga eterna de los tiempos se opone la presencia del tiempo eterno.

De ahí la jerarquía de los seres. Su dignidad depende mide, por su capacidad de mantenerse en presencia. Entre el mundo del devenir, hecho de instantes fugaces, y la eternidad inmutable de las ideas, se desarrolla, según orden y medida, toda la pompa del universo. Las más altas realidades cambian con ritmo eterno. Sus movimientos circulares se mantienen idénticos y cerrados en sí mismos. son reflejo perenne de la realidad inmóvil. El devenir es su sombra fosforescente. Tiene de ser lo que todavía guarda de presencia... Lo eterno de la idea fulgura todavía en él. No es, empero, capaz de mantenerla ni de guardarla. En el tiempo se refleja la eternidad. La eternidad es el compás del tiempo.

Nadie habrá dejado de advertir la venerable filiación de estas ideas. Forjadas en el corazón de la Grecia clásica, su resplandor ha iluminado, en una u otra forma, todos los ámbitos del mundo occidental.

Para comprender la segunda interpretación, —aquella que para otorgar sentido al tiempo y a la realidad acude preferentemente al pasado— es preciso tener en cuenta la clásica distinción entre cualidades primarias y secundarias, anunciada ya en la física de Demócrito y llevada a sus últimas consecuencias a partir de Galileo. De ella procede en gran parte la destitución del presente operada por la ciencia moderna. Las denominadas cualidades primarias no son, en verdad, cualidades. Nada tienen de cualitativo. Son magnitudes cuantitativas o nociones reductibles a cantidad. Si ellas constituyen la esencia de la realidad, fácil será reducir la realidad a número. Bastará con poseer un procedimiento operatorio adecuado. Tal es el sistema de coordenadas. La geometría analítica y el cálculo infinitesimal nos permiten, en principio, considerar el mundo entero como un sistema de cálculos matemáticos.

Ahora bien: la geometría y el cálculo no se hallan en el tiempo. Pretenden ser independientes de toda circunstancia transitoria. No se hallan tampoco en la eternidad. Eternidad es presencia. Y toda presencia supone cualidad. Sólo lo que la posee puede aparecer; hacerse, en algún modo, presente. Suprimida aquella, nada es capaz de ostentar su faz, de revelarse en alguna forma como dado. Darse, revelarse, ostentarse, requiere ser *algo*. Si las cualidades no tienen entidad ontológica, todo es ausente. Las cualidades son o pueden ser actuales.

Los números y los cálculos numéricos son puras virtualidades ideales. Su independencia del tiempo y su falta de presencia los sitúan fuera de la realidad. Son atemporales. No eternos. Y al pasar de la presencia a la ausencia fácil es deslizarse en la nada.

De ahí la facilidad con que las ciencias físico-matemáticas se hunden en el acosmismo. Suprimido el tiempo — en la eternidad y en el instante —, con el tiempo se hunde la realidad.

Fácil es comprender que esta concepción radical no haya sido formulada en su desnudez más que por aquellos que tienen interés en rechazarla. El tiempo y la realidad se reintroducen subrepticamente en el vacío de la *mens momentanea*. La substancia de la realidad se refugia y se proyecta en las profundidades del pasado. Lo que fué en un principio, esto es lo que realmente es. El ser es lo sido una vez para siempre. Lo que fué en un origen se conserva sin modificación ni cambio substancial. Es el principio de conservación. Lo presente es tan solo la fulguración momentánea, fugaz y epifenoménica, de una realidad substancial y profunda. Los fenómenos, meros fenómenos. Las fulguraciones de la realidad, meras apariencias. Todo es siempre lo mismo, bien que en otra forma. Presente y futuro son combinaciones del pasado. Todo surge y vuelve a lo mismo. Es la materia, la energía, la rebusca... implícitas en forma más o menos operante, en todas las manifestaciones de esta mentalidad. Nada en el presente, en rigor es. Mucho menos en el futuro. De ahí la posibilidad de predecir con seguridad matemática, las inflexiones del porvenir. Al hacerlo, nos limitamos a decir, que en el futuro, no habrá nada nuevo. Todas sus apariencias resultarán de nuevas combinatorias de lo pretérito. Predecir es recontar trastos viejos. Nada nuevo hay bajo el sol.

El presente, en su apariencia momentánea, es sólo el punto de partida, la punta luminosa del pasado. El futuro queda radicalmente suprimido. De ahí el abandono del principio de finalidad. La finalidad se endereza al futuro y, a través del futuro, a lo eterno. Frente a ella, el determinismo eficiente, es la determinación del presente y el futuro mediante la propulsión del pasado. Antes la realidad se hallaba, en una u otra forma, en la apariencia — la aparición, la forma, la idea... El pasado no era puesto que no era ya. Ahora la verdadera realidad no aparece ni puede aparecer jamás. El mundo es un presente pasado. Todo ha pasado y en todo momento ha pasado

ya. Todo lo que ocurre es fugaz apariencia — epifenómeno, sobreestructura. En realidad, no ocurre ni puede ocurrir nada. Todo es y será lo que fué.

Tenemos dos interpretaciones radicales del tiempo y de la realidad. La primera lo explica en función del presente. La segunda en función del pasado. Para pasar a la tercera es preciso tener en cuenta la idea de creación y de historia, introducidas en el mundo occidental por la literatura profética y especialmente por el Cristianismo. Toda creación se proyecta al futuro. Hay en ella potenciación de gérmenes, procreación de lo inexistente, creación, libertad. Las ideas de espíritu y de amor — tan íntimamente vinculadas — son potencialidades infinitas. De lo poco se engendra lo mucho. Lo mucho y lo poco de la nada. De lo germinal surge lo plenario. Un alma contiene en potencia el mundo.

El futuro, sin embargo, es iluminado por el fulgor omnipresente de la eternidad. La eternidad sigue marcando el ritmo del tiempo en las grandes concepciones históricas de los románticos... En el temporalismo "existencialista" la realidad rompe sus ataduras con lo eterno y se hunde, sin apoyo trascendente, en la evanescencia del devenir. El futuro no es ya un designio que trasciende al tiempo. Es el futuro perfecto de la pura temporalidad.

Ya Bergson hubo de distinguir dos acepciones de la realidad temporal — el tiempo matemático de la física, reductible a espacio geométrico y, por tanto, a la rigidez intemporal — y el tiempo verdadero, la duración, germen fecundo de todo aliento creador. Ni a aquél ni al de la vida cotidiana nos referimos ahora al hablar del carácter temporal de la existencia. Nos referimos más bien a la duración pura. El tiempo vulgar y el tiempo científico son entidades que se dan en la existencia como se hallan en ella el resto de las "cosas", la esencia y los valores. La existencia temporal contiene en su seno la realidad entera y con ella, naturalmente también, al tiempo vulgar y al tiempo científico... Por debajo de uno y otro la existencia se confunde con la pura temporalidad.

Pues bien, en el tiempo de la vida ordinaria y en el de la investigación científica, el presente aparece como producto del pasado y el futuro en función del presente. A ellos conviene con mayor o menor justeza, las dos interpretaciones antes esbozadas. En el tiempo pri-

mordial, los términos de la relación se invierten radicalmente. El término inicial se halla en el futuro. De él se halla pendiente la realidad entera. El futuro se decanta gradualmente en el presente y se pierde en la sombra del pasado. El presente apenas existe. Lo pasado no existe ya. Es residuo anquilosado, depósito de tópicos muertos que gravitan sobre la existencia y tratan de imponerle su rigidez. La existencia reflexiva, empero, trata de libertarse de los tópicos, se levanta sobre sí misma y anhelante de futuro, halla en él el germen de un presente que se realiza sin cesar. La realidad a que se aspira es el anuncio de lo que va a ser. La existencia va en pos de sí misma y al realizar el porvenir en la fulguración momentánea del presente, se apaga y se sumerge en el pasado como una estela de fosforescencias fósiles. El tiempo y la existencia se confunden en una sola y única realidad. La realización de la existencia no es otra cosa que la realización de la temporalidad. Las realidades más o menos estables que organiza en su ámbito de luz no son sino concreciones momentáneas y transitorias. La existencia proyecta sobre sí misma el cuerpo entero de la cultura y la estructura de un mundo habitable. Por debajo de sus andamiajes sigue fluyendo la realidad temporal. El futuro determina el presente y el presente se pierde en el pasado. De ahí la definición de la existencia humana como proyección y proyecto. El hombre es mera posibilidad, posibilidad de decisión hasta la muerte.

Presente, pasado, futuro... He ahí las tres formas extremas de toda posible interpretación de la temporalidad.

Fácilmente se comprenderá que apenas ninguna de ellas se ha dado en la historia con el radicalismo con que las hemos expuesto. Nadie puede prescindir, sin falsificación patente, de la totalidad del ritmo temporal. Nos hemos propuesto tan sólo destacar cómo cada una tiende, en el límite, a convertirse en el centro sobre el cual gravitan el tiempo, la eternidad y el ser.

Obsérvese que al hacerlo así, en cualquiera de los casos, la realidad del tiempo tiende a disolverse. En los dos primeros la cosa parece resultar obvia desde que la mentalidad histórica y vitalista dirigió sus ataques contra la rigidez lógica o matemática de la ontología tradicional y trató de prestarle movimiento y fuerza creadora mediante la idea de una evolución dialéctica y progresiva. Si interpretamos el tiempo en función de la presencia, el pasado y el futuro

tienden a desaparecer. Al perder su presencia pierden su realidad. El tiempo se reabsorbe en la eterna presencia, queda en realidad detenido y congelado. Todo se mantiene igual a sí mismo. En la eternidad nada pasa —en ninguno de los sentidos de la palabra. Si lo interpretamos en función del pasado, reduciendo el presente a mera presencia, es decir, a apariencia sin realidad, puesto que todo ha pasado ya, nada ocurre tampoco con autenticidad y verdad. En el primer caso queda su ritmo congelado. En el segundo petrificado y muerto — nebulosas, campos, masas...

Pero lo curioso y grave del caso es que la interpretación histórica y vital, al intentar ajustarse a la movilidad del flujo temporal e insistir en la dimensión de futuro que presta vigor y dinamismo al cuerpo viviente de la realidad, el tiempo se deshace también entre sus manos. El presente puro detiene el tiempo. El pasado puro lo mata. El futuro... puesto que el futuro no es todavía nada, tiende a hundirlo en la nada. Y en la nada no es posible hallar nada. Ni realidad, ni tiempo, ni vida.

Así, en cualquiera de los tres casos, el tiempo queda suprimido.

La cosa es perfectamente natural. Nunca nadie en la historia ha prescindido del tiempo. La evanescencia temporal ha sido siempre una de las preocupaciones centrales del pensamiento humano. Las antinomias antiguas y actuales proceden de considerar al tiempo por sí mismo, aceptándolo en su pureza, como una realidad o aun acaso como la realidad fundamental. El tiempo puro no es una realidad. Exento de toda dimensión extratemporal es más bien una abstracción. De ahí los errores del temporalismo vitalista. Resultan de una deformación análoga a la que comete el intelectualismo racionalista al interpretar el tiempo por lo intemporal. Bajo ropaje de vitalismo o de "existencialismo" extremo, es una elaboración del más refinado alambique intelectual.

Veámoslo más detenidamente.

Adviértase ante todo que al referirnos a elementos atemporales no aludimos, en este momento, para nada, al problema de las esencias

y las relaciones ideales. Se trata de elementos reales que se dan con consistencia propia en el plano de la existencia y rebasan, en todos los sentidos, las dimensiones unilineares de la pura temporalidad. El tiempo no se ofrece nunca solo. Tan cierto es esto que esas dimensiones extratemporales no pueden ser ni han sido nunca evitadas íntegramente. De ahí que aun en las concepciones más estrictamente temporalistas se introduzcan, de un modo más o menos subrepticio. Así, por ejemplo, la duración bergsoniana se halla henchida de densidades y de coexistencias implícitas.

Se trata de hacer ver, con explícita claridad, como esta inserción insensible de elementos extratemporales en el seno de la temporalidad, no es un residuo impuro o el resultado de una insuficiencia en el proceso de su reducción, sino un elemento necesario que no se puede ni se debe evitar puesto que al intentar hacerlo se falsifica la realidad y se la substituye por una ficción. Es, por el contrario, necesario reconocerlos, aceptarlos, elaborarlos y reincorporarlos. Si tratamos de prescindir de ellos la temporalidad se deshace por sí misma y desaparece.

En dos aspectos la realidad humana y el mundo entero que en ella se refleja, se hallan sumidos en el curso del flujo temporal: en la experiencia inmediata que se ofrece en los datos inmediatos de la conciencia y en el transcurso de los acaecimientos que se suceden en el correr de la tradición histórica. En la experiencia individual y en la experiencia colectiva se halla el tiempo en el centro de la realidad y en una y otra, es tránsito continuo, cambio de una realidad a otra y aun en el interior de cada acaecimiento, modificación y cambio. El presente se proyecta hacia el futuro y es roído por el pasado que lo hunde en la irrealidad, se rehace y emerge nuevamente de sí mismo y se lanza de nuevo al futuro en una aventura infinita, en un tránsito sin fin. El tiempo se desarrolla en una serie de momentos cualitativamente diversos que se suceden según el orden del antes y el después y estos momentos se enlazan de tal modo que en su perspectiva integral constituyen una traba continua o íntimamente trabada. Hay en ella cualidad y matiz, modificación y diferencia. Los instantes difieren. Se suceden, empero, sin solución de continuidad. No hay interrupción en los momentos temporales. El tiempo es continuidad y sucesión.

Ninguno de estos caracteres evidentes —ni la sucesión ni la continuidad— sería posible en una realidad concebida como pura temporalidad, es decir, en una serie unidimensional de fenómenos. La sucesión y la continuidad del curso temporal exigen la presencia de más amplios horizontes.

Esto resulta obvio en la visión más o menos falsificada de la temporalidad que nos ofrecen las ciencias físicas. Cada instante es en ellas un ahora puro. ¿Cómo coordinar en serie los “ahora” si no hay entre ellos un elemento de enlace? No es posible hallar este elemento si entre los “ahora” instantáneos no se interpone “algo”. Por definición el presente se escapa y los instantes se reparten entre aquellos que pertenecen al pasado, es decir, al no ser, y aquellos que pertenecen al futuro, es decir, al no ser también. Los puntos de la cadena temporal se desgranán. Sólo un hilo rígido y esquemático —intemporal— puede unirlos en la mente del matemático.

Esto lo han visto perfectamente los temporalistas y ha sido uno de los argumentos que han alegado contra el racionalismo de la ciencia. No han advertido, sin embargo, que por poco que se descuiden, la objeción puede volverse contra ellos también. No acaso directamente contra Bergson. Sí, contra muchos de los que han llevado algunas de sus intuiciones a su más extremo radicalismo. Aunque concebamos el presente como duración y no como instante, la dificultad no resulta menos obvia. La supuesta temporalidad vivida sería también, por sí misma, unilinear. El momento actual es, en este caso, una duración, una pulsación temporal. Palpita en el presente y se hunde en el pasado. No sería posible comparar ni establecer enlace alguno entre la pasada y la presente—, ni considerarlas, por tanto, como presente y pasada, — si no hubiera entre ambas un momento, un elemento o punto de enlace. Toda actualidad es mera actualidad. Las duraciones permanecen separadas, presentes, súbitaneas. Vivimos en un presente de fulguraciones momentáneas. Tal es la consecuencia indeclinable de toda serie unilineal. Para ver o sentir una línea es preciso situarse fuera de ella. ¡La línea exige el plano y el plano el volumen. Y esto no sólo en la abstracción geométrica sino también y muy especialmente en la realidad vivida. No es posible comparar ni poner en contacto series de ningún género en el interior de una misma dimensión. Para que el contacto se produzca — y con él la sucesión y la continuidad — es necesario un mínimo de coexis-

tencia, de contemporaneidad, algo que permita experimentar a la vez, es decir, *al mismo tiempo*, series distintas en distintos planos, dimensiones diversas de profundidad. Toda asociación o fusión exige contemporaneidad, copresencia de tiempos múltiples en la unidad de la misma duración, densidad, amplitud, ámbito... Lo cual significa que en toda duración va siempre implícito algo que la trascienda como simple serie y la sumerja en una densidad plenaria de dimensiones, líneas y planos.

Vano sería invocar la memoria para poner remedio a esta grave dificultad. Para ello sería necesario hipostasiar la memoria como realidad intemporal — y renunciar, por definición, a la doctrina — o, en el caso contrario, incurriríamos en una petición de principio. Porque la memoria depende del tiempo y no el tiempo de la memoria. O, si se quiere, ambas se reducen, desde nuestro punto de vista y para nuestros actuales propósitos, a una y la misma cosa. Para poder recordar es preciso que los acaecimientos se hayan dado en algún modo asociados o fundidos, unidos en un todo accidental u orgánico, en un plano de contemporaneidad. Y esto es, por definición, imposible, en una serie unidimensional.

Para que la dificultad aparezca más obvia proyectémosla desde el fino matiz a la deformación macroscópica. Pensemos, por ejemplo, en las interrupciones del sueño, en los cortes patológicos de la personalidad, en los hundimientos o fallas históricas en que desaparecen grandes fragmentos del pasado de las naciones y de las culturas. ¿Cómo reconstruir la continuidad si no somos capaces de situarnos en planos diversos de asociación, en tiempos y momentos distintos y parcialmente contemporáneos? En cualquiera de estos casos romperíase irreparablemente la continuidad temporal si nos halláramos en una serie unidimensional. Y no es posible concebir, sin infidelidad, el tiempo puro, como simultaneidad de series múltiples. La simultaneidad no es temporal.

No se olvide, en fin, que aun circunscribiéndonos a la mera duración actual y momentánea, cada pulsación, si hay en ella movilidad y cambio, lleva ya implícito el antes y el después, es ya continua y sucesiva y supone, por tanto, las condiciones que hacen posible la continuidad y el cambio, es decir la coexistencia y la contemporaneidad. Ni aun la más mínima pulsación puede concebirse en serie unidimensional. En una dimensión sólo puede pensarse — que no experi-

mentarse — una serie unilinear. Y con ello salimos de la temporalidad y de la experiencia pura y nos adentramos en el campo de la geometría.

Y es que la temporalidad pura en realidad no existe. No es una realidad sino una abstracción, es decir, un elemento parcial y condicionado de la experiencia plenaria. No una experiencia primordial.

La experiencia inmediata de la duración no se ofrece, en verdad, nunca, ni es posible que se ofrezca como pura temporalidad, sino como volumen temporal o temporalidad voluminosa. Lo inmediato es una experiencia de volumen henchida de profundidades y lejanías. En ella se disponen los acaecimientos en planos, distancias, melodías y ritmos. No hay unidad de dirección ni simple sucesión de estados. En el seno de una misma pulsación temporal puede desarrollarse una riqueza múltiple de fenómenos de distintos planos de profundidad, inmediatos o remotos, claros u oscuros, largos o cortos, rápidos o lentos, insistentes o fugaces... Y esta multiplicidad de pulsaciones y ritmos se sobrepone e imbrica de mil maneras. Una duración comprende o implica a otra y se halla a su vez implicada, recubierta o abrazada por un fondo de más amplia comprensión. Y en cualquier momento de cualquiera de ellas se origina acaso otra que se funde, se ilumina o se apaga y modifica el equilibrio de la experiencia total. Dimensiones infinitas se revelan en el seno de un volumen opaco o fulgurante. Hay duraciones múltiples y melodías múltiples de duración: largos y allegros, retardandos y sincopados... calderones, pausas, ... largos momentos de reposo también...

En lo hondo de una emoción aparece un recuerdo. Poco a poco el recuerdo ilumina el presente. Emerge una percepción serena. La percepción se despliega en paisajes, formas y armonías; olivares, acaso en el fondo del valle, centurias inmóviles, eternidad del instante... Pájaros que vuelan. Humo. Súbita impaciencia. Retorno de la emoción primitiva... Unos acaecimientos comprenden a otros en su ritmo y son a su vez abarcados por otros más amplios movimientos. En el seno de los unos se originan los otros y se pierden a su vez en el seno de ulteriores emergencias... Múltiples sucesos se dan o pueden darse a la vez, sin que coincida en un solo golpe al compás que marca su "ahora". Múltiples "ahoras" se dan en la unidad del momento y esta simultaneidad múltiple, oscilante y acaso desacompasada, total

o parcial, no puede darse en una dimensión sino en una profundidad de perspectivas y planos. Cuando un fenómeno va a desaparecer, otro ha emergido ya en su seno. Cuando uno empieza a fulgurar y se levanta hacia el futuro otros se hallan en pleno desarrollo o están en trance de desaparecer. Esta asociación es el nervio del cambio temporal y de la posibilidad de referencia inmediata de unos momentos a otros. Sólo la simultaneidad total o parcial, la inclusión total o parcial de acaecimientos, puede prestar y presta fundamento a un enlace y establecer la continuidad de una asociación que otorgue sentido al presente, al pasado y al futuro. La continuidad y la sucesión requieren enlace y el enlace supone volumen y dimensión de profundidad. En otros términos, la experiencia del tiempo concreto lleva necesariamente incluida la experiencia complementaria de extensión, de ámbito... de espacio, en el sentido inmediato y liberal del término. Y ambos se dan en íntima e indisoluble unión.

Esta verificación tiene poco que ver con los resultados de la ciencia físico-matemática en los últimos tiempos. Sería verdad aunque aquéllos se enderezaran por otros caminos y es compatible con cualquier interpretación de las ciencias empíricas. El hecho de que en planos tan distintos lleva a conclusiones concordantes no puede dejarnos, sin embargo, indiferentes.

Tal es la experiencia inmediata de lo temporal, en lo individual concreto y en lo social histórico. Gracias a ella es posible que los tiempos y las duraciones se enclaven en constelaciones y conjuntos totales y orgánicos tal como se da en la experiencia plenaria y maticada de la realidad viviente.

No sólo esto. Este carácter de voluminosidad, de amplitud y ámbito no es sólo una exigencia de la multiplicidad, de la simultánea y sucesiva coexistencia de realidades diversas en series continuas. Es además un carácter específico de toda experiencia, aun de la más mínima y rudimentaria... Difícil sería hallar una cualidad que por su sola presencia no nos la ofreciera ya... Una voz, un sonido, un olor, una emoción, un pensamiento... poseen ya de por sí, voluminosidad y ámbito, profundidad y resonancia.

Se nos dirá acaso que ni aun así queda asegurada la consistencia de una sucesión continua y diversa. A pesar de todo sigue siendo

posible que este presente macizo y bien trabado se hunda en el pasado sin dejar huella. Tal es el caso de las bruscas interrupciones de la experiencia individual o histórica. La voluminosidad puede escindirse en segmentos y a estos segmentos o bloques puede ocurrirles lo mismo que a los instantes o momentos de la serie unilinear. Tendríamos de nuevo una multiplicidad inconexa de momentos —esta vez, de momentos macizos y voluminosos... La profunda consistencia de los “ahora” no los libra de su carácter intemporal.

Basta una breve observación para comprender que esto no ocurra ni pueda ocurrir. La objeción sería válida si las relaciones puramente temporales de esta experiencia primaria, los “ahora”, los “antes” y los “después”, se dieran en función unívoca con las dimensiones de la experiencia voluminosa, es decir, con los “aquí”, “allí”, “lejos”, “profundo”, “distante”, “remoto”... si cada duración tuviera sólo y necesariamente un lugar y cada lugar ocupara tan solo un momento de la duración, se comprende que los bloques así asociados pudieran desaparecer en su cerrada y compacta unicidad. Nada más lejos de la experiencia real. No hay, en verdad, momento o duración sin lugar o ámbito ni lugar o ámbito sin momento o duración. Pero los momentos y los lugares se asocian en combinaciones múltiples. Varios lugares pueden darse y se dan al mismo tiempo. Múltiples momentos pueden darse y se dan en el mismo lugar. Hay sucesiones contemporáneas y lugares sucesivos. Los mismos lugares se dan en tiempos distintos. Los mismos tiempos ocurren en lugares diversos... Fácilmente se comprenderá que menos ahora que nunca, nos referimos a instantes, a elementos cuantitativos y abstractos, sino a “ahoras” plenarios, a presentes actuales y macizos.

Lo primero —la existencia de momentos idénticos en lugares diversos— parece obvio. Lo segundo acaso no lo parezca tanto. ¿Cómo es posible que diversos momentos puedan darse al mismo tiempo en el mismo lugar? Tenemos, sin embargo, a diario hechos evidentes de este tipo de sincronización. En este lugar puedo percibir, al mismo tiempo, la estrella que murió acaso hace millares de años y la línea de palmeras que adorna la calle vecina y tener a la vez ante mí las noticias de Rusia, la mesa, la silla y el cigarrillo en la mano. De ahí la facilidad con que me es posible alcanzar aquí, noticias de mañana, hoy... Se dirá acaso que en estos ejemplos van implícitas una serie de elaboraciones conceptuales que nos alejan de la expe-

riencia inmediata. Sin entrar en la discusión de este punto fácil nos será observar que aun en la más sencilla de las experiencias inmediatas, los tiempos se cruzan e imbrican sobre el eje del mismo lugar. Sin que cambie mi situación local en el volumen plenario de la experiencia, la pereza o la impaciencia cambian el ritmo temporal. Puedo vivir y vivo con frecuencia proyectado hacia el futuro o reclinado sobre el pasado. Sobre el quicio de mi situación presente se cruzan con frecuencia y simultáneamente, el ahora, el antes y el después. Oscilo entre lo uno y lo otro. 'El pasado se me hace presente. Vivo al mismo tiempo en el presente, en el pasado y en el futuro. Salgo de mí. Vivo ausente de mí mismo, con el alma en otra parte, en otros tiempos o fuera de los tiempos... Sin que me mueva, corren por mí pulsaciones temporales múltiples y diversas... Vivo en otro tiempo o fuera del tiempo — ausente, enajenado...

De lo dicho resulta la necesidad ineludible de que toda concepción que busque el fundamento del ser en el tiempo puro se hunda en la nulidad de la nada. La temporalidad pura no tiene cuerpo ni alma. Es una pura abstracción. Y como todas las abstracciones es cierta en sí misma y dentro de sus propios límites; falsa si trata de substituirse a la realidad. Al hacerlo se aniquila a sí misma: desemboca en la identidad de los contrarios. El límite del movimiento sería el reposo. El límite del tiempo es la abstracción intemporal. No hay movimiento sin reposo ni tiempo sin dimensión atemporal.

La experiencia primaria de la duración se revela siempre como realidad voluminosa y es en todo momento, en una u otra forma, actual. Todo se hace presente por el hecho de incorporarse a la experiencia. El pasado y el futuro vienen a mí y en su revelación (actual, ingresan en la realidad. Ni el pasado ni el futuro son, en verdad, por sí mismos, nada. Si suprimimos también el presente, en la intersección de ambos, queda aniquilado el ser. Es, una vez más, el argumento de San Agustín. El pasado fué en el pasado, presente, y es, en el presente, pasado. Sólo en la presencia fué y sólo en la presencia puede rehacer y reincorporar su ser. Lo mismo ocurre al futuro. Es en el presente futuro y acaso en el futuro ingrese en el presente. Entretanto, y en calidad de futuro, ni es ni puede ser. Si algo es en el pasado, toda su realidad se halla en la memoria. Y la memoria es siempre memoria actual. Constituye, acaso, en su presencia virtual, todo el volumen de mi cuerpo espiritual. Su ser espiritual, es actual

y mío. En cuanto al futuro, es posible que viva hacia él proyectado. Ello no es, sin embargo, esencial. | Esencial es a la vida vivir en proyección. La vida espiritual es proyección y entrega. No proyección hacia un futuro lineal. Puede vivir hacia el futuro. Vive también inclinada hacia el pasado o hacia dimensiones virtuales, ni pasadas ni futuras. La duración plenaria no puede concebirse como una flecha horizontal. Es más bien un presente ampliamente voluminoso, en movimiento oscilante entre pasados presentes y futuros actuales. No emergemos del pasado ni salimos hacia el futuro. Para ello sería preciso considerar el pasado y el futuro como "algo", e ingresar en una mitología fantasmagórica. Mucho de ello hay en las derivaciones metafísicas de las teorías de lo inconsciente. Ni venimos del pasado ni vamos hacia el futuro. Hay que evitar esta metáfora viajera. La realidad no es una línea de ferrocarril a través de la pampa. Más bien el futuro viene hacia nosotros y trata de infiltrarse e inscribirse en el volumen poroso de la actualidad. Y hacia el pasado tendremos las manos para recogerlo e incorporarlo o extirparlo de la realidad presente. En el presente vivimos y nos alimentamos de pasado y de futuro. De sus reverberaciones se hincha y se nutre el volumen de la experiencia actual.

Ahora bien: el volumen temporal, en su profundidad opaca, ofrece virtualidades infinitas que se revelan en formas de dimensiones. En múltiples sentidos es posible perforarlas y abrirles horizontes.

Fácilmente se comprenderá que no nos referimos aquí tampoco a las dimensiones físicas o matemáticas. Más bien será preciso derivar éstas de aquéllas. Un olor, un sonido... tienen ya cuerpo y dimensión. Una sinfonía ostenta volumen, ámbito, profundidad, rica multiplicidad de planos sonoros... ¿Cuántas dimensiones tiene el ruido del mar?... No se nos salga con la fácil objeción de que esto son metáforas. Aparte la imposibilidad de expresión alguna sin metáfora, implícita o explícita —¿es la metáfora proporción o la proporción metáfora?— lo importante es determinar dónde se halla la experiencia concreta sobre la cual se aureola la escala luminosa de la expresión verbal. En este caso la cosa resulta, a mi entender, obvia. Con directa propiedad se habla de la profundidad de un abismo o del cielo estrellado. En su experiencia van implícitas todas las dimensiones de una honda emoción. Si intentamos o conseguimos me-

dirlos pierden, *ipso facto* su profundidad y su hondura. A través de tres planos geométricos se convierten en una serie de ecuaciones—, lo más superficial, claro y distinto, que quepa imaginar. Entre estas dimensiones infinitas, el sentido común y la ciencia destacan unas cuentas — las del espacio y las del tiempo — y constituyen con ellas un andamiaje sólido y eficaz. Si la ciencia reduce las temporales a una sola es porque en rigor, el tiempo, nada le importa. El pasado y el futuro sólo se destacan y constituyen en dimensión vital porque importan e interesan. Son importantes en el sentido más fuerte de la palabra. Algo de vida o muerte.

Todas estas dimensiones pueden ser denominadas horizontales puesto que se pierden en horizontes virtuales infinitos — no naturalmente tampoco, en el sentido geométrico—; también aquí la noción de horizonte es anterior a la de línea o plano horizontal. Sobre estos horizontes, se levanta, palpita, se encoge, o se dilata, la plenitud de la experiencia actual. La realidad concreta es la que palpita en el centro de la actualidad. No naturalmente la actualidad abstracta del “ahora” puro, sino como centro de múltiples referencias, campo abierto de dimensiones, ámbitos y horizontes, que se pierden en todas las dimensiones del tiempo y del espacio.

Volvemos, en alguna forma, al reposo y a la presencia. No se trata, sin embargo, de una presencia rígida y congelada. Lo actual es, por esencia, móvil y plástico. En él es posible vivir inclinado sobre o hacia dimensiones infinitas. Hacia el pasado, hacia el futuro, fuera de sí, hacia mundos imaginarios. Todo se hace presente por el hecho de incorporarse al volumen de la realidad actual.

Puedo vivir también en mí. Basta que trate de ponerme por encima de mi vida animal. Esta posibilidad nos ofrece una nueva dimensión. Es la estricta dimensión de presente. Yo soy yo y puedo tratar de serlo con progresiva y creciente perfección. Basta que me reconozca como múltiple y lo enuncie, para que se manifieste irreductible mi insobornable unidad. Es la dimensión vertical. La vitalidad primaria es enteramente horizontal. El espíritu es pura verticalidad. El hombre es el animal que se pone en pie. Así es posible que la temporalidad se incorpore a la dimensión perpendicular del espíritu. El tiempo pierde así su calidad de fuga. Lo indefinido se reintegra a lo infinito. La flecha de Zenón detiene su proyección abismal. Los ho-

rizontes de pasado y de futuro se repliegan y levantan hacia lo alto en jirones ojivales. En la armonía incipiente de las pulsaciones temporales yo me yergo como director. Doy el compás y el ritmo. Levanto la totalidad al nivel de mí mismo y a las más altas cumbres de lo increado. Si la verticalidad se pliega y se quiebra tiende el mundo a hundirse. Si la suprimo, todo se pierde en la disolución del devenir. Por el intelecto y el amor, se incorpora a mí el mundo con todas sus dimensiones y horizontes. Todo es apto para alcanzar sentido en la dimensión sin límites de la vida interior.

Esto requiere empero minuciosas y amplias razones. No tenemos más remedio que reservarlas por hoy.

Los Ciclos Económicos en los Estados Unidos¹

Por WALTER H. DELAPLANE.

Los economistas norteamericanos y los de la Europa occidental y septentrional han consagrado en los últimos veinticinco años creciente atención al problema de los ciclos económicos, probablemente como consecuencia de la brusquedad y gravedad de variaciones en los precios y en la actividad económica desde la primera guerra mundial, y también de que las relaciones económicas internacionales son más estrechas, como lo prueba el hecho de que la crisis se extiende de un país a otro. El resultado de amplios estudios de los ciclos económicos es que se comprende mejor su naturaleza, pero todavía se difiere mucho respecto a sus causas y a sus remedios o modos de impedirlos dentro del marco de la forma de gobierno democrática y capitalista.

La historia de los ciclos económicos en los Estados Unidos enseña que no hay regularidad en su periodicidad, en la duración de los períodos de depresión y de prosperidad, ni en los límites de la disminución de la actividad productiva durante la depresión o de su aumen-

(1) Ver el número 173 de "CURSOS Y CONFERENCIAS"

to durante la prosperidad. En los últimos cien años hemos tenido depresiones en 1837, de 1840 a 1844, en 1848, 1857, 1861, 1865, de 1873 a 1879, de 1884 a 1885, de 1893 a 1894, de 1896 a 1897, en 1904, 1908, 1911, de 1914 a 1915, de 1920 a 1921, en 1924, de 1929 a 1936 y de 1938 a 1939. Si en este siglo destacan las de 1920 a 1921 y de 1929 a 1936,¹ es quizá por la severidad de la perturbación ocasionada en la brusca e importante baja de precios en 1920-1921 y en el consiguiente y gradual caos económico que a principios de la tercera década se dejó sentir no sólo en los Estados Unidos sino en todo el mundo.

Los estudios hechos sugieren que los ciclos duran más en las primeras fases del desarrollo de un país, son más breves en los períodos de rápido crecimiento y vuelven a durar más en la fase de madurez económica, pero las pruebas no son definitivas². Se ha investigado también la relación entre la duración de las diversas fases del ciclo y las alteraciones de los precios, y casi no se duda de que el período de prosperidad dura relativamente más y el período de depresión relativamente menos cuando la tendencia media de los precios es ascendente a largo plazo, mientras que los períodos de depresión duran más y los de prosperidad menos cuando esa tendencia es descendente. A la tendencia de los precios, a su vez, se le ha relacionado con las variaciones a largo plazo en las existencias de oro. Además se ha observado que el que los ciclos duren mucho se debe al hecho de que la fase de depresión, no la de prosperidad, ha sido larga³. Se ha observado también que las grandes crisis financieras y económicas tienen carácter internacional pues, las de una zona se extienden a otras aunque el grado de declinación pueda variar de un país a otro. Asimismo, la mejoría y la prosperidad que empiezan en uno o dos países comercialmente importantes tienden a desarrollarse paralelamente en otros. Y a medida que los países agrícolas se van industrializando, los caracteres de sus ciclos se parecen más a los de los países de industria, finanza y comercio muy desarrollados⁴.

(1) Véase el cuadro de Leonard Ayres reproducido por J. A. Estey en *Business Cycles*, Nueva York, 1942, págs. 44-45.

(2) Estey, en su obra citada, págs. 89-90, hace referencia a la obra de Spiethoff.

(3) Según Thorp, citado por Estey, obra citada, págs. 93-94.

(4) Id., págs. 96-101.

La investigación que de los ciclos económicos en los Estados Unidos ha efectuado el coronel Leonard P. Ayres indica que después de las guerras importantes en que hemos tomado parte hemos sufrido primero una aguda pero breve depresión, seguida unos años después por otra prolongada y severa. A esas depresiones se les ha llamado depresiones primarias y secundarias de posguerra. Después de las guerras napoleónicas ocurrieron en 1820 y 1825, respectivamente; después de la guerra civil hubo una depresión primaria en 1865 y otra severa depresión secundaria que empezó en 1873; y después de la primera guerra mundial sufrimos una depresión primaria en 1921 y la gran depresión secundaria de la tercera década.

La depresión que en los Estados Unidos empezó en octubre de 1929 fué la más intensa y la más larga desde la de 1873 a 1879. Entre 1929 y 1932 la producción de artículos duraderos bajó en un 70 por ciento, y la de las manufacturas no duraderas en un 25 por ciento. La construcción de residencias disminuyó en un 85 por ciento. Mientras la ocupación de mano de obra en la industria se redujo en un 25 por ciento, el importe de los jornales industriales bajó en un 58 por ciento. Los precios al por mayor y el costo de la vida bajaron en un 32 y un 20 por ciento, respectivamente¹. Las cifras del siguiente cuadro indican, además, que en 1937, año relativamente próspero en comparación con los anteriores, sólo un número índice, el de la manufactura de artículos no duraderos, había llegado al nivel de 1929. Y en 1939 era ese mismo número índice el único que había superado al de antes de la depresión.

TABLA I. INDICES ECONOMICOS EN LOS ESTADOS UNIDOS,
1929 - 1945 (2)

AÑO	Produc.		Constroccs.		Ocupación no agr. 1939: 100	Importe jorn. indus. 1939: 100	Precios por mayor 1926: 100	Costo vida 1935 S: 100
	Durad 1935-39: 100	Indust. No durad.	Resids. 1923-25: 100	Varias				
1929..	132	93	87	142	102.6	116.4	95.3	122.5
1930..	98	84	50	125	95.5	94.1	86.4	119.4
1931..	67	79	37	84	86.1	71.2	73.0	108.7
1932..	41	70	13	40	75.5	49.2	64.8	97.6

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 321.

(2) *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 321.

1933..	54	79	11	37	76.0	52.8	65.9	92.4
1934..	65	81	12	48	83.8	67.8	74.9	95.7
1937..	122	106	41	74	100.9	108.2	86.3	102.7
1939..	109	109	60	81	100.0	100.0	77.1	99.4
1940..	139	115	72	89	104.7	114.5	78.6	100.2
1942..	279	158	82	235	126.7	245.2	98.8	116.5
1945..	274p	166	26	102	121.8p	277.3p	105.8	128.4

p: *provisional*.

La renta nacional, que reflejó también el impacto de la depresión en la economía norteamericana, bajó de 83.000 millones de dólares en 1929 a 40.000 millones en 1932, subiendo gradualmente a 77.000 millones en 1940 y 95.000 millones en 1941 ¹. La depresión, que a lo que más afectó fué a la industria pesada, trajo envuelta la desocupación, cuyas cifras variables se han calculado entre unos 13 millones de hombres desocupados en el punto más bajo de la actividad conómica y unos 7 a 10 millones que todavía había desocupados en 1939.

La gran baja de los precios al por mayor de los productos agrícolas, que llegaron a sobrar en un 50 por ciento, comparada con la baja aproximada a un 25 por ciento en el índice de los precios al por mayor de los demás productos, hizo dura la vida en las zonas rurales ². Pero, probablemente, quienes más sufrieron fueron los desocupados residentes en las ciudades, que, a diferencia de los agricultores, no podían ni siquiera producir parte de los alimentos que necesitaban. Mucha gente se vió obligada en todo el país a retirar de los bancos sus ahorros para hacer frente a los gastos corrientes de la vida, y en las quiebras de miles de bancos se perdieron muchos ahorros. En las ciudades fueron frecuentes las "colas" de gente en busca de sopa, y en el peor momento de la depresión hubo algaradas callejeras motivadas por las privaciones.

Las variaciones monetarias, que fueron causa y a la vez efecto del movimiento descendente, se expresan en la siguiente tabla.

(1) *Survey of Current Business*, agosto 1942, p. 15, y junio 1941, p. 16, citado por M. J. Bowman y G. L. Bach, *Economic Analysis and Public Policy*, p. 523.

(2) *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 336.

TABLA II. CIFRAS MONETARIAS Y BANCARIAS EN LOS ESTADOS UNIDOS, 1929-45 (1)

AÑO	Dinero en Circulación	Depósitos a la vista	Pagos de Depósitos a la vista	Suspensas, No. de Bancos	Depósitos	Índice Precios acciones	Precios obligaciones Tipo-
	Millones de dólares Dec. 31	Millones de dólares Dec. 31	Millones de dólares Dec. 31		Mill. dólares	1935-39: 100 (Promedio Junio)	100 dól.
1929..	4.578	22.809	935.030	659	42	201	89.3
1930..	4.603	20.967	661.956	1.350	170	161	90.5
1931..	5.360	17.412	481.357	2.293	439	100	94.5
1932..	5.388	15.728	322.365	1.453	214	36	82.7
1933..	5.519	15.035	282.708	4.000	1,610	79	91.2
1934..	5.536	18.459	331.503	57	0	78	98.6
1937..	6.550	23.959	433.043	59	7	120	110.2
1939..	7.582	29.793	389.677	42	1	90	115.3
1940..	8.732	34.945	408.534	22	0	78	113.9
1942..	15.410	48.922	553.391	9	2
1945..	28.515	75.100 _p	884.303	0	0	121	117.9

p. *provisional*.

La extracción de dinero de los bancos por medio de cheques, principal forma de hacer pagos corrientes en los Estados Unidos, disminuyó en un 65 por ciento desde fines de 1929 hasta fines de 1932. Mientras la disminución de los depósitos a la vista llegó a ser de 7.000 millones, el dinero en circulación no aumentó más que en 1.000 millones, aumento que reflejaba una creciente desconfianza respecto a los bancos, pero que reflejaba también la necesidad de sustituir con moneda los cheques, ya que muchos bancos habían cerrado sus puertas. En los tres años y tres meses que mediaron entre enero de 1930 y marzo de 1933 suspendieron operaciones unos 9.100 bancos que tenían depósitos por valor de 2.400 millones. La forzada liquidación de valores de Bolsa y el pánico por la falta de seguridad del mercado hizo que entre 1929 y 1932 bajara en un 80 por ciento el valor de las acciones y en un 10 por ciento el de las obligaciones, agravando así la situación de los bancos. El 4 de marzo de 1933, día en que Fran-

(1) *Federal Reserve Bulletin*, págs. 301-303, y *Banking and Monetary Statistics*, Washington 1943, págs. 17, 34-35, 236-237, 411-412, 475, 476 y 481.

Franklin D. Roosevelt juró su cargo de presidente, estaban cerradas las puertas de todos los bancos del país. La situación económica era caótica y la opinión pública de los cuarenta y ocho Estados reclamaba la adopción de medidas fuertes.

El nuevo presidente y el Congreso pusieron rápidamente manos a la obra y dictaron medidas para aliviar la desocupación y acelerar el pulso de la actividad económica. La Emergency Bank Act (Ley de emergencia bancaria) reabrió los bancos después de nueve días de cierre, y la National Industrial Recovery Act (Ley de mejoría industrial nacional) alistó la activa cooperación de la industria y del comercio para fomentar la producción. Se asignaron grandes cantidades para ayudar directamente a las familias necesitadas, y la Agricultural Adjustment Act (Ley de ajuste agrícola) alivió a la Agricultura. Se abandonó el patrón oro, que había venido ejerciendo una influencia deflacionaria. Para evitar que siguieran venciendo las hipotecas sobre hogares y haciendas de campo, a la Home Owner's Loan Corporation y a varias instituciones gubernamentales de crédito se les concedieron fuertes cantidades para refinanciar el crédito y ampliarlo liberalmente. Se promulgaron leyes con arreglo a las cuales la Reconstruction Finance Corporation y en ciertas circunstancias los Bancos de Reserva Federales podían prestar dinero a industriales y comerciantes que no podían obtenerlo por la vía bancaria normal. En 1935 se establecieron el seguro de desocupación y pensiones de jubilación, y a los obreros se les reconoció el derecho a organizarse en sindicatos. El gobierno adoptó una política de financiación, a costa del déficit, de una amplitud desconocida hasta entonces en tiempo de paz.

Aunque en los primeros seis años del gobierno de Roosevelt hubo cierta mejora en la situación económica, hasta 1940 no se empezaron a utilizar plenamente las reservas de mano de obra ociosa y de capital ni mejoró notablemente la situación. La solución a las dificultades motivadas por la depresión vino, como en Alemania, de la demanda de material de guerra, en nuestro caso por parte de los gobiernos inglés, francés y norteamericano. Ha sido la guerra, en realidad, la que ha engendrado nuestra prosperidad de los últimos cinco años.

La perspectiva económica actual en los Estados Unidos es de un sostenido alto nivel de producción y de consumo para unos cuantos años durante los cuales podremos respirar para movilizar nues-

tras fuerzas contra la depresión. El período de guerra se ha caracterizado por la falta de muchos artículos duraderos y no duraderos que normalmente circulan por los cauces del comercio. Hay gran escasez de casas; su construcción ha sido muy inferior a la normal durante más de quince años, y la presente demanda no se podrá satisfacer en unos cuantos. La máxima producción de automóviles anterior a la guerra no podrá satisfacer en unos cuantos años la demanda doméstica de automóviles y camiones. La suspensión, ocasionada por la guerra, de la producción de toda clase de artículos para el hogar, y la reducida producción de maquinaria agrícola y de muchos artículos duraderos, como la ropa, han elevado las necesidades corrientes muy por encima del nivel normal de demanda.

El pueblo de los Estados Unidos cuenta, sin embargo, con medios para adquirir grandes cantidades de productos. Los depósitos bancarios de todo el país aumentaron de 25.000 millones de dólares que había a principios de 1939, a cerca de 46.000 millones a fines de 1945.¹ El gobierno vendió a particulares y a empresas bonos de ahorro de guerra de pequeño valor, redimibles a voluntad, por un valor nominal que a fines de febrero último ascendía a 31.000 millones de dólares². Aunque la renta nacional, que se acercó a 160.000 millones de dólares en 1945³, disminuirá probablemente este año a unos 140.000 millones, esa cifra sigue siendo doble de la de 1939⁴. Teniendo en cuenta las presentes necesidades y el deseo de artículos de consumo, respaldados por la cantidad de dinero de que se dispone para gastar, no hay temor de una pronta depresión en la industria.

Así como la producción industrial y el comercio disfrutarán probablemente de un período bastante largo de prosperidad, la perspectiva para después de 1948 no es tan buena, en cambio, para la agricultura, pues para entonces la producción europea puede volver a suministrar gran parte de lo que se necesita para el consumo continental. La tremenda producción agrícola de los Estados Unidos puede traer, cuando se pierda parte de mercado extranjero, una baja

(1) *Federal Reserve Bulletin* marzo 1946, p. 304.

(2) *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 317.

(3) *Id.*, p. 337.

(4) Bawman y Bach., *ob. cit.*, p. 523. La renta nacional de los Estados Unidos fué 71.000 millones de dólares.

de precios y la reaparición de muchas de las dificultades que encontró la agricultura después de 1920.

Parece posible, además, que la vuelta a la actividad industrial lleve su producción a niveles que no se puedan sostener cuando se satisfaga en unos cuantos años la desusada demanda actual y adquiera ésta de nuevo las proporciones normales. Es también casi seguro que durante varios años la construcción de casas y la producción de automóviles, para no mencionar más que dos productos que por la gran cantidad de materiales que utilizan y el número de hombres que emplean, así como por las muchas industrias satélites que dependen de ellas, influyen considerablemente en la prosperidad general del país, excedan de las de cualquier período anterior de nuestras historia. Pero una vez que se satisfagan las necesidades urgentes será difícil, si no imposible, sostener su nivel.

Es casi axiomático que como consecuencia de la guerra podemos esperar una exageración de las fluctuaciones cíclicas de la producción. La demanda efectiva ha subido a niveles más altos de los que hubieran prevalecido normalmente, y, en respuesta a las oportunidades, la capacidad productiva y la producción se han elevado a un punto muy superior al requerido por una demanda normal. Si normalmente se necesitaban 500.000 nuevas casas al año para reemplazar a las que se destruyen o inutilizan, para responder al aumento de población y para mejorar en general las viviendas, la industria constructora puede ponerse a ese nivel de producción. Pero cuando faltan 5 millones de casas o más a causa de que durante la guerra cesó virtualmente su construcción y en el precedente período de depresión se construyó muy poco, la industria constructora se siente estimulada a aumentar su capacidad a ese nivel durante varios años. Y la imposibilidad de proseguir construyendo en esas proporciones, con arreglo a las actuales escalas de precios y de jornales, una vez satisfecha la mayor parte de la demanda actual, lleva a más desocupación y a la necesidad de realizar en la economía más ajustes que si no hubiera actuado la influencia de la guerra.

Si no se contiene la actual presión inflacionaria, por otra parte, los altos precios que hoy tienen las cosas acercarán más el día en que declinará la demanda efectiva, acercando por lo tanto la llegada de la fase de depresión del ciclo, es decir, el período de reajuste de

las escalas de precios y jornales, del nivel de la producción con el del consumo. Desgraciadamente, como he dicho ya, no podemos sufrir de depresión en los Estados Unidos sin que se produzcan efectos adversos en la economía de otros países, ni tampoco evitar los desfavorables efectos de la depresión en otros lugares de la tierra.

¿Se puede hacer algo para evitar que vuelva a ocurrir una gran depresión? ¿Hay alguna posible solución al problema del ciclo económico? ¿Es posible controlar efectivamente las fluctuaciones cíclicas?

Toda esperanza de eliminar con éxito la desocupación que caracteriza a la depresión económica debe basarse en la comprensión de los factores que ocasionan las fluctuaciones cíclicas. Sin embargo, la complejidad de esos factores, más el hecho de que primero son unas fuerzas y después otras las que parecen producir la depresión, y de que ciertos aspectos parecen ser tanto causa como efecto del empeoramiento de la situación económica, explica que los economistas no pueden ponerse de acuerdo respecto a la explicación del ciclo. Unos sostienen por ejemplo, que la crisis la produce el exceso del ahorro y el poco consumo. Otros ven el ciclo como resultado de un exceso de inversiones que altera la estructura de nuestro sistema productivo, creando una excesiva capacidad de demanda a largo plazo y ocasionando una extraordinaria fluctuación en la producción de bienes de capital. Algunos entienden que la explicación del ciclo está en la elasticidad de las existencias de dinero y creen, por lo tanto, que se puede controlar recurriendo a métodos monetarios. Según otras teorías, la fuerza primordial que contribuye a la prosperidad y a la depresión está en consideraciones de orden psicológico, pues el pronóstico de los negociantes respecto al futuro curso de la demanda y de los precios sirve de base a las decisiones que adoptan respecto a la producción y que nos llevan a las fases de prosperidad y depresión. La culpa de la crisis se echa a veces a las malas cosechas. También ha solido atribuirse ocasionalmente a la rigidez de nuestros principios económicos, por ejemplo en cuanto a los jornales y otros costos, a los precios, a los métodos de producción, a los hábitos de gastar y ahorrar, etc. Se ha explicado también con

referencia a las fluctuaciones en el nivel de los inventos y de las innovaciones¹

Si los economistas no han descubierto la causa de los ciclos y el motivo de que después de la depresión vengan la mejoría y una gradual expansión que llevan a una gran actividad económica, para volver otra vez a la contracción y a la crisis, han aprendido mucho en cambio, después de profundos estudios, acerca de su naturaleza. Hoy contamos con índices estadísticos que indican la influencia del ciclo en varios sectores de la economía, pero, sin embargo, no se han hecho estudios definitivos que muestre el efecto de ciertas fases económicas, tal como figuran en las series estadísticas, sobre otros elementos de la economía; es decir, no se ha demostrado la relación de causa a efecto que existe entre los diversos factores económicos. Tampoco podemos predecir con exactitud los puntos álgidos del ciclo. Sabemos, sin embargo, que una demanda efectiva y total suficientemente alta puede producir una elevada actividad industrial y hacer que suban las cifras de ocupación. Pero como lo que nos interesa por el momento es saber si se pueden evitar o no las fluctuaciones de carácter cíclico, dejaré la consideración del aspecto de la ocupación hasta la última conferencias.

Hasta ahora las pruebas parecen indicar que los controles aplicados para acabar con las fluctuaciones económicas son inadecuados o se han aplicado mal. Se ha confiado, sobre todo, en controlar la dirección de los bancos centrales y los gastos del gobierno. Es posible que en ciertas circunstancias el uso del tipo de redescuento y las operaciones en el mercado libre por parte del banco central puedan producir los efectos deseados, pero es dudoso que esas medidas sean efectivas si otros factores de la situación económica son desfavorables. La reducción de los tipos de interés y la liberalización del crédito bancario, por ejemplo, pueden brindar las bases para que se pidan más préstamos, se gaste más y aumente la actividad económica. Pero si la demanda de productos terminados no parece asegurar un aumento de producción y si otros factores no le prometen al fabricante una expansión del mercado, el mero hecho de que hay dinero para prestar no inducirá al fabricante a pedir en prés-

(1) J. A. Estey, ob. cit., 2ª parte, págs. 153-338.

tamo. No se negociarán créditos más que cuando parezca haber perspectiva de ganar más pidiéndolos. En el período de contracción, la reducción del tipo de interés en un 2 ó un 3 por ciento no será en sí misma suficiente incentivo para traer la expansión de los créditos bancarios. De la misma manera, tampoco una leve alza del tipo de interés en un momento de mejora de la situación económica desalentará a pedir préstamos si se ven probabilidades de ganar dinero. Nuestra experiencia en los Estados Unidos sugiere que el tipo de redescuento del banco central puede ser bastante eficaz en el momento álgido del ciclo, quizá porque su alza concentra la atención en la falta de equilibrio en la economía del momento, pero que a lo largo de la mayor parte del ciclo carece de eficacia como control.

Quienes abogan por el uso de los tipos de interés para controlar el ciclo se inclinan acentuadamente hacia la explicación monetaria de las fluctuaciones cíclicas. Pero como el ciclo es tan complejo, es difícil aceptar la tesis de los factores monetarios como única explicación. La ineficacia de los tipos de interés como control en el pasado, excepto quizá en el momento álgido de la prosperidad que precede a la crisis, es prueba de que, si existen, debemos buscar otras medias estabilizadoras aunque la adecuada manipulación del crédito bancario mediante el tipo de interés, y otros controles monetarios pueden ayudar a lograr ese fin.

Entre las demás medidas de que disponemos para impedir el periódico colapso de la economía, o al menos para evitar un prolongado período de estancamiento económico, se cuentan los planes adecuados de obras públicas. Aunque el gobierno norteamericano no consiguió en la tercera década de este siglo restaurar la actividad económica a un punto de relativa prosperidad y de plena ocupación, su plan de aquellos años no debe ser considerado como una prueba evidente de fracaso, y menos comparando su resultado con el de los gastos gubernamentales en tiempo de guerra, siempre muy distinto. Durante nuestra guerra civil y la primera y la segunda guerra mundial nuestros gastos públicos han llegado a tales cifras que la actividad económica alcanzó un nivel sin precedentes. Nuestra renta nacional llegó durante esas guerras a un punto que garantizaba la máxima producción, pero la inflación y la interrupción

de la fabricación de artículos de consumo amenazó con perturbar la economía.

Como consecuencia de la diferencia entre la eficacia financiera del gobierno en tiempo de paz, financiación efectuada a costa de déficit, y la eficacia gubernamental al hacer trabajar a manos ociosas y echar mano de toda clase de recursos en tiempo de guerra, se ha argüido que la única razón de que el gobierno fracasara en acabar con la desocupación en la tercera década del siglo fué que los déficits que contrajo fueron muy pequeños. Si la capacidad adquisitiva de los consumidores se hubiera elevado mediante los gastos públicos, el aumento de la demanda efectiva de artículos de consumo se hubiera traducido en una mayor producción y en una disminución de la desocupación con el consiguiente aumento de ingresos individuales, etc., etc., restableciendo las circulares influencias que generan la mejoría y la prosperidad.

Sin embargo, los gastos públicos en tiempo de guerra y en tiempo de paz constituyen problemas muy distintos, especialmente si los principios políticos que imperan establecen que el Estado debe mantenerse apartado de la actividad en la mayor parte del campo de la economía. En tiempo de guerra, la mayor parte de los gastos se hacen en armas y municiones y en sostener grandes fuerzas armadas, y no llevan, por lo tanto, a la competencia entre el Estado y los fabricantes particulares de artículos de consumo. En tiempo de paz es un problema saber cómo gastar los fondos públicos de manera que produzcan unos beneficios razonables, y al mismo tiempo evitar que el Estado compita con los particulares.

Durante nuestra última depresión aumentaron las obras públicas y tomaron principalmente la forma de construcción de carreteras, edificios públicos, plantas hidroeléctricas y pantanos, obras de contención de inundaciones, parques públicos y repoblación forestal. Si bien muchos de esos planes se pueden efectuar en períodos de depresión, si se trazan bien, el gobierno necesita gastar mucho año tras año en obras que no se pueden aplazar del período de prosperidad al de depresión. Además, hasta algunos de esos gastos, como por ejemplo los efectuados en la construcción de plantas hidroeléctricas, independientes o no de los proyectos de contención de inundaciones, de irrigación o de navegación, han de competir con em-

presas particulares y no pueden menos de despertar una fuerte oposición política.

Por otra parte, es difícil concebir un plan de obras públicas que pueda proporcionar el trabajo y el aumento de ingresos individuales que han proporcionado los gastos de guerra. Y si la base del plan es relativamente reducido, como lo era en el New Deal, es difícil también decir hasta dónde pueden llegar los gastos antes de que no sean de desear nuevos desembolsos. En tiempo de guerra la industria de todas clases produce para el gobierno, generalmente sobre la base de un precio que permite cubrir los costos y deja cierto margen de beneficio. Si los costos, en forma de jornales y materiales, suben a consecuencia de la presión del Estado para adquirir material de guerra, a los productores les protege contra las pérdidas la naturaleza de sus contratos, y la producción aumenta. Durante una depresión, en cambio, cuando el gobierno compite con la industria en ciertos materiales, especialmente cemento, ladrillos, piedra de construcción, madera, caños, etc., etc., y también en los especiales tipos de mano de obra necesarios para la construcción, el resultado final puede ser que aumente la resistencia de esos precios a bajar, aumentando en consecuencia su disparidad con otros precios y retrasando nuevas inversiones industriales. Como los gastos del gobierno en obras públicas tienden a acentuar la rigidez de los jornales y los precios en la industria de la construcción, e inducen así a posponer la construcción de casas residenciales y la inversión de fondos de la industria y del comercio en nuevas plantas, edificios de oficinas, hoteles, etc., no se puede estar seguro de que unos grandes gastos públicos proporcionarán el necesario correctivo.

Si bien los controles monetarios y las obras públicas, por sí solas, pueden fracasar en estabilizar la vida económica, si los combináramos con cierta política fiscal y con el establecimiento de una paz duradera podría sernos posible lograr más estabilidad que la que ha prevalecido en los últimos treinta años. En cuanto a la política fiscal se pueden mencionar: 1) los gastos directos e indirectos para aliviar la situación; 2) la elevación de impuestos unida a la reducción de la deuda, durante la prosperidad, y la reducción de impuestos unida a ayudas a costa de déficit, durante la depresión; y 3) modificaciones en la estructura tributaria de modo que estimule a ahorrar y a disminuir los gastos durante la prosperidad, y, a la inversa, a gas-

tar y no ahorrar durante la depresión. Hasta ahora no hemos utilizado adecuadamente la combinación de los métodos de que disponemos para combatir el ciclo económico. El que el New Deal no consiguiera restaurar la prosperidad general, excepto más que por la fortuita circunstancia de la guerra, no prueba definitivamente que seamos incapaces de lograr al menos una seria nivelación de las fluctuaciones cíclicas.

No obstante, además de que todavía se está en la incertidumbre de si es posible o no estabilizar la economía, es necesario considerar si nuestro propósito debería ser el establecer la estabilidad absoluta o, si no, qué grado de estabilidad es el conveniente. Hasta ahora hemos partido de lo deseable de la estabilización y examinado los posibles medios de lograrla. Ahora debemos preguntarnos si es deseable allanar todas las curvas a cualquier precio. Estey ha dicho "que lo que se desea no es tanto la estabilización como el inyectar energía en el sistema económico para que llegue a niveles mucho más altos de actividad"¹. En un tono parecido, Keynes dijo que "el verdadero remedio para el ciclo económico no se encuentra en eliminar la prosperidad quedándonos permanentemente en una semi-depresión, sino en eliminar las depresiones quedándonos permanentemente en una cuasi-prosperidad"².

En esta cuestión de la estabilización tiene gran importancia la introducción de nuevos productos y nuevos procesos de producción, es decir, las innovaciones y los progresos técnicos. Algunos economistas, especialmente Schumpeter, recalcan la influencia que las alteraciones en la cifra de inventos ejercen en el ciclo económico. Si los inventos aparecen con irregularidad y ocasionan o contribuyen a ocasionar fluctuaciones cíclicas, ¿deberíamos prescindir de ellos y prolongar la vida de los métodos de producción y de los productos es casi seguro que en cualquier caso optaremos por el progreso y aceptaremos las nuevas máquinas que hacen los trabajos más duros existentes? Claro está que un país no puede seguir esa conducta dejando de tener en cuenta lo que hacen los demás. De todos modos y más sucios y aumentan la productividad. El progreso de la indus

(1) *Ib. cit.*, cap. 25.

(2) J. M. Keynes. *General Theory of Employment, Interest, and Money*. Nueva York 1936, p. 322.

tria automovilística es la segunda década de este siglo desempeñó un importante papel en la mejora de la situación económica, pero son pocos los que sostendrían que porque es posible que haya acentuado también los movimientos cíclicos deberíamos volver a los tiempos del coche de caballos.

El ir demasiado lejos en busca de la estabilidad, que no es más que reflejo del común deseo de seguridad, puede sofocar el progreso. Si el progreso de la técnica nos lleva a vivir mejor y a permitir que grandes grupos de población disfruten de las comodidades de la civilización, aunque sea a costa de periódicas variaciones en la actividad industrial y en las cifras de hombres ocupados, debemos seguir aceptando las innovaciones. Sin embargo, al mismo tiempo no debemos permitir que, como consecuencia de ellas, sufra un pequeño sector de la población. La justicia exige que todos participen tanto en las ventajas como en las desventajas de los progresos técnicos.

Como término de este examen del problema del ciclo económico debemos, pues, inferir que todavía no tenemos la seguridad de que, con los medios de control con que contamos, podamos evitar las depresiones. Keynes y otros economistas han señalado que cuando deja de haber nuevas zonas de asentamiento de población y las inversiones de capital se encogen, a medida que declina el crecimiento de la población disminuyen las oportunidades para que aumente la actividad económica y se contengan las fuerzas deflacionarias. Además, el problema lo han agravado dos grandes guerras en los últimos treinta años. Una dictadura total y omnisciente podría impedir la vuelta de períodos de depresión, pero se puede preguntar con razón si ha existido o existirá alguna vez una dictadura semejante. Es prematuro, además, llegar a la conclusión de que poco se puede hacer bajo la forma de gobierno democrático y capitalista, pues se puede hacer mucho para reducir las fluctuaciones y las privaciones que ocasionan. Nuestra experiencia de la segunda y tercera década de este siglo no puede ser considerada como prueba adecuada de la efectividad de los medios con que contamos para lograr más estabilidad en nuestro sistema económico.

Sería mucho esperar, no obstante, que las fuerzas que inducen la prosperidad y la depresión dejarán de actuar. Si conservamos los derechos individuales que hemos conocido durante varias gene-

raciones, podemos predecir que probablemente proseguirán las influencias que forjan la periódica expansión y contracción de la actividad económica. Si las pérdidas ocasionadas por esos movimientos cíclicos son más que contrarrestadas por el progreso en los procesos de producción y, en consecuencia, porque el nivel general de vida de las masas mejora durante cierto tiempo, como parecen haber sido más que contrarrestadas desde que empezó la revolución industrial, seguimos teniendo en nuestras manos el poder de distribuir mejor la carga de aquellas pérdidas en sectores más amplios de población, mediante medidas dispuestas para aliviar las privaciones y para ayudar a reducir el movimiento descendente y mantener la producción a un alto nivel.

Conferencia pronunciada en el Colegio
el 26 de julio.

Política Fiscal de la Posguerra

por WALTER H. DELAPLANE.

Desde 1939 el gobierno de los Estados Unidos ha venido actuando bajo un continuo déficit en sus presupuestos; primero, para contrarrestar los efectos de la depresión; después, como fatal consecuencia de la financiación de la guerra. Hasta que estallaron las hostilidades nuestros déficits fueron de modestas proporciones comparados con los que vinieron después, pero, así y todo, no dejaban de escandalizar a los conservadores que siempre propugnaron el equilibrio entre los ingresos y los gastos. En los últimos seis años parece que hemos entrado en la era atómica tanto en el campo de las finanzas públicas como en el reino de la ciencia.

Nuestra política durante la administración Roosevelt muestra que la obra científica de Keynes ha influido probablemente más en la política fiscal de los Estados Unidos que en la de su propio país. Sea como fuere, los economistas norteamericanos han escrito en sus revistas muchas páginas que revelan el creciente reconocimiento de la importancia de la política fiscal del Estado en la economía nacional y que exponen abundantemente la diferencia que existe entre las finanzas públicas y las finanzas particulares. En las siguientes consideraciones estudiaremos, después de describir las recientes manifestaciones de la situación financiera en los Estados Unidos, los propósitos y efectos de la política fiscal en relación con los problemas económicos de la posguerra en general.

La experiencia de tiempos de guerra.

La común experiencia de la mayoría de los países en tiempo de guerra, fueran neutrales o fueran beligerantes, se ha traducido en un gran aumento de los gastos gubernamentales y de los déficits presupuestarios, en la inflación de la moneda y en la subida de los precios y del costo de la vida. En algunas de las repúblicas americanas, por ejemplo, la perturbación que la guerra ha ocasionado en la moneda y en los factores de los precios ha sido mayor que en los Estados Unidos por falta de controles adecuados. Pero, como es natural, los efectos de la guerra en nuestro presupuesto han sido pronunciados. Para organizar, equipar y aprovisionar unas fuerzas terrestres, marítimas y aéreas de 13 millones de hombres y suministrar a los aliados grandes cantidades de material de guerra, el gobierno de los Estados Unidos se ha visto obligado a aumentar su presupuesto en proporciones sin precedentes. Los gastos, que se aproximaron a 8.700 millones de dólares en 1939, subieron a 12.700 millones en 1941, a 78.200 millones en 1943, y a 100.400 millones en 1945. En los mismos años los ingresos del tesoro aumentaron de 5.200 millones de dólares en 1939 a 7.600 millones en 1941, a 22.300 en 1943 y a 46.500 millones en 1945¹. Entre 1939 y 1945 la renta nacional subió de 70.000 millones a 160.000 millones de dólares, pero la influencia que esa subida hubiera podido ejercer en los precios la limitó parcialmente el hecho de que los ahorros individuales subieron de 6.000 a 35.000 millones de dólares², gran parte de los cuales fueron absorbidos en la compra de bonos de guerra.

Como durante esos años los ingresos del Estado se multiplicaron por nueve y los gastos se multiplicaron por once, el déficit original aumentó en una proporción aún mayor. La deuda pública del gobierno de los Estados Unidos, que en junio de 1941 ascendía a 49.000 millones de dólares, subió, como consecuencia, a 137.000 millones en junio de 1943, y a 259.000 millones en junio de 1945, es decir, se multiplicó por seis³. Aunque el Tesoro cubrió gran parte del déficit

(1) En el año fiscal, que termina el 30 de junio. Véanse *Banking and Monetary Statistics*, del Board of Governors of the Federal Reserve System, Washington, 1943, p. 513, y el *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 319.

(2) *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 337.

(3) *Banking and Monetary Statistics*, p. 337, y *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1936, 317.

explotando mediante la venta de bonos de pequeño valor el aumento de ingresos individuales, las grandes compras de bonos efectuadas por los bancos produjeron un directo y latente efecto inflacionario al multiplicarse la circulación de billetes y de los depósitos bancarios. La cartera de los bancos comerciales en títulos de la deuda del Estado, por ejemplo, aumentó entre junio de 1939 y junio de 1945, de 15.700 millones a 84.000 millones de dólares, mientras que la de los Bancos de Reserva Federal saltó de 2.500 a 22.000 millones de dólares¹.

El efecto de nuestras finanzas públicas de tiempo de guerra fué definitivamente inflacionario. Como ya faltaban muchos artículos de consumo, el gobierno no contuvo el movimiento de los precios más que haciendo grandes esfuerzos para absorber los ingresos individuales mediante los impuestos y los bonos de guerra, estimulando la cancelación de las deudas particulares, fiscalizando las ventas a plazos, reduciendo el volumen de crédito de los consumidores, racionando artículos a los consumidores y materiales a los industriales, y controlando la exportación y los precios. Adoptando esas medidas pudo lograr que el índice oficial del costo de la vida no aumentara más que alrededor de un 30 por ciento². Al cesar el control de precios el día primero de este mes, al menos transitoriamente, ha venido la subida en los precios de artículos alimenticios, en los alquileres y en el costo de la vida en general.

En los últimos doce meses, terminada la guerra contra el Japón, han variado relativamente poco en la situación económica de los Estados Unidos los peligros inflacionarios a corto plazo, especialmente en el lado de la demanda. Los paros directos e indirectos en la producción han entorpecido grandemente la reconversión industrial para las necesidades de la paz y han impedido que la producción llegara a un nivel que hubiera aliviado mucho nuestros temores

(1) Id., p. 512, y marzo 1946, p. 318, respectivamente.

(2) De 99.4 a 129 tomando como base el período 1935-39, *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 321. Se admite que la subida del costo de la vida fué mayor a causa de la falta de artículos y de productos alimenticios baratos, que llevó a la gente a comprar más caros. Los fabricantes preferían, cuando era posible, producir sus artículos más caros porque dejaban un margen más grande de beneficios. Además, el índice no refleja los precios del mercado negro ni el costo adicional del gran desplazamiento de obreros de industrias de guerra y de la inevitable separación de familias.

de inflación. Aunque la solución de las huelgas más importantes en los tres últimos meses ha traído un aumento continuo en el volumen de producción, siguen subsistiendo muchos elementos inflacionarios, como lo prueba el movimiento de precios en las últimas cuatro semanas. Los ingresos individuales son todavía altos, y apenas se ha recurrido a los depósitos bancarios en cuenta corriente ni a los bonos de guerra redimibles a voluntad. La escasez de casas y de automóviles, así como de otros muchos artículos, no se podrá aliviar visiblemente en muchos meses, y la de artículos alimenticios se seguirá sintiendo mientras Europa y Asia no empiecen a bastarse a sí mismas y no se reduzcan nuestras exportaciones de ayuda. Es, pues, evidente, que la política fiscal de los Estados Unidos en el inmediato período de la posguerra debe ser anti-inflacionaria.

También debe serlo la de las demás repúblicas americanas. Mientras no puedan importar libremente los artículos esenciales para sus economías, los precios de muchos de ellos seguirán siendo altos. Y si suponemos que continuará la estabilidad en los tipos de cambio de moneda, la prolongación de la tendencia inflacionaria en los Estados Unidos, Inglaterra, etc., a medida que se aflojen los controles, tenderá a ir acompañada de un movimiento similar de precios en la América Latina¹. Si las importaciones de dichos países siguen siendo reducidas a causa de las dificultades con que tropiezan los países suministradores, y si el volumen de la producción y de las exportaciones se mantiene al nivel reciente, la balanza de pagos seguirá siendo muy favorable en aquéllos. La consecuencia es que se acentuará la presión inflacionaria de fuentes monetarias, pues el exceso de compras de divisas extranjeras que hagan los bancos a los exportadores, en relación con las ventas, inducirá a un aumento de los depósitos bancarios y de la circulación de billetes.

Se puede esperar razonablemente que, para combatir contra las fuerzas inflacionarias en los próximos dos o tres años, la política

(1) El Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, que pronto empezarán a funcionar, serán factores importantes en el mantenimiento de la estabilidad monetaria internacional. Hay que hacer notar, sin embargo, que la falta de equilibrio en la economía internacional se puede acentuar si los tipos de cambio, establecidos para proporcionar el equilibrio en las actuales anormales circunstancias, se mantienen fijos y no se les permiten las suficientes alteraciones a medida que los países europeos vayan llegando de nuevo a cierto grado de normalidad.

fiscal de los Estados Unidos debe comprender la nivelación del presupuesto, el mantenimiento de elevados impuestos, la reducción de los gastos y la cancelación de parte de la deuda. A la larga, sin embargo, otras fuerzas económicas requerirán que en esa política fiscal se introduzcan modificaciones para adaptarse a nuevas condiciones y a nuevos propósitos. A continuación vamos a examinar los alternativos propósitos de la política fiscal y los instrumentos mediante los cuales pueden ser llevados a la realidad.

Propósitos y efectos de la política financiera gubernamental.

En los últimos diez años los economistas norteamericanos han prestado mucha atención a la relación que existe entre la política fiscal y los problemas de la depresión y de financiación de la guerra, y a los diversos y alternativos objetivos, en general, de la política fiscal. Las obras de Keynes, especialmente su "Teoría general de la ocupación, del interés y del dinero", han contribuído a ello y han ejercido una gran influencia en las medidas adoptadas por el gobierno norteamericano para aliviar los problemas de la desocupación. Alvin Hansen, profesor de Harvard y actualmente uno de los primeros economistas de la Secretaría del Tesoro de los Estados Unidos, ha contribuído, con sus libros y sus artículos, a que se fije la atención en ese aspecto de los problemas económicos.

Como resultado de las muchas publicaciones y del cambio de opiniones sobre la cuestión de la política fiscal en relación con la economía nacional, hay ya una amplia base de acuerdo respecto a muchos puntos. Ya no se discute, por ejemplo, que la política de la Secretaría del Tesoro puede ir encaminada a estimular el ahorro y las inversiones, ni que el volumen de los gastos de consumo individual puede ampliarse o reducirse. La producción de ciertos artículos puede aumentar mediante compras efectuadas por el gobierno a expensas de otros que si no se producirían para el contribuyente. Mediante los empréstitos, los impuestos y los gastos, el Tesoro puede complementar otras medidas del gobierno o del banco central para contrarrestar los efectos de la depresión y estimular la mejoría, o para evitar la falsa prosperidad que lleva a la crisis con su consiguiente declinación de la actividad económica.

Asimismo, el gobierno puede orientar su política de impuestos y de gastos hacia la eliminación de las desigualdades sociales me-

dianete la redistribución y limitación de los ingresos individuales, hacia la producción y el fomento de nuevas industrias, hacia la reducción de consumo de ciertos artículos, como por ejemplo las bebidas alcohólicas, y hacia el aumento de consumo de otros que pueden ser esenciales o deseables desde el punto de vista de la salud.

Pero como esos fines específicos son a veces incompatibles con los fines generales, como el de aumentar la renta nacional y el de evitar la inflación, y como es necesaria la consecuencia en nuestros esfuerzos para lograr el amplio fin de la estabilidad económica con un alto nivel de ocupación y de ingresos individuales, de vez en cuando es necesario un ajuste de política para atender a las cambiantes exigencias de la economía dinámica.

Vamos a explicar un poco más ampliamente algunas de esas categóricas afirmaciones, analizando aisladamente los elementos de la política fiscal.

1. *Los empréstitos como instrumento de política financiera.*

La financiación a costa de déficit, la planeada creación de déficits presupuestarios y de empréstitos, ha sido recomendada frecuentemente como medio de inyectar más dinero en circulación en tiempo de depresión y de fomentar la mejoría en la actividad industrial mediante el estímulo que prestan para que se gaste más dinero. Mientras algunos economistas han abogado por esa política como medio de poner fin a las fluctuaciones cíclicas y de mantener un alto nivel de actividad y ocupación, otros han propuesto que sea un procedimiento permanente para promover un volumen constantemente creciente de compras y de producción. No hay duda de que la financiación a costa de déficit puede producir efectos inflacionarios y estimular la actividad económica, pero depende del origen de los fondos a que se recurra mediante los empréstitos, a la proporción de éstos, y al uso que del dinero que gasta el gobierno hagan los que se benefician.

Si la gente compra títulos del gobierno con ahorros en forma de depósitos bancarios o de billetes de banco que si no quedarían ociosos, los empréstitos gubernamentales producen un efecto inflacionario. La compra de títulos por parte de los bancos es también de carácter inflacionario, pues, al pagar certificados de deuda, en realidad los bancos abren créditos a favor del gobierno; y la con-

secuencia es una ampliación de los depósitos bancarios y, eventualmente, de la circulación de moneda. Si los empréstitos del gobierno, por otra parte, desplazan a los empréstitos particulares y no ocasionan más que una mera transferencia en fondos que en vez de ser invertidos particularmente lo serán públicamente, no hay un aumento neto en la circulación monetaria; lo único que habrá es una probable modificación dentro del marco general de la producción y del consumo, modificación que será resultado de la diferencia que hay entre la naturaleza de los gastos del gobierno y los gastos particulares.

Los fondos procedentes de empréstitos puede ser desembolsados por la Tesorería directamente en forma de subsidios, o ser utilizados en pago de actividades normales o del costo de proyectos de obras públicas y mejoras de otras clases. En general, si el gobierno emplea el dinero para subsidios, no sólo lo desembolsará con más rapidez que si lo destina a obras públicas, sino que los beneficiados lo utilizarán también con más rapidez en comprar artículos alimenticios y pagar alquileres, etc., etc. En cualquiera de los dos casos, sin embargo, se emplee en socorros o se gaste en obras públicas, además de los inmediatos efectos de aumentar la circulación producirá efectos secundarios a medida que pase de mano en mano, estimulando el empleo de la mano de obra para producir los artículos y servicios adquiridos con aquel dinero. Partiendo, pues, de que parte del dinero empleado en obras públicas lo ahorrarán los obreros que trabajan en las mismas, y que por lo tanto se perderá parte del estímulo que presta la inyección de más dinero en la circulación monetaria, no hay duda de que la financiación gubernamental a costa de déficit introduce en el sistema económico un elemento adicional de poder adquisitivo.

Como he dicho ya, la proporción de los empréstitos influye estrechamente en el éxito o en el fracaso de un planeado aumento en la actividad económica. Entre 1931 y 1939 la deuda del gobierno de los Estados Unidos subió de 16.000 millones a 42.000 millones de dólares¹, lo que representa un aumento anual medio de 2.667 millones. Aunque ese aumento en la cifra de gastos fué importante y contribuyó a que mejorara parcialmente la situación después del estancamiento de 1932 a 1942, equivalía a menos que la anual dis-

(1) *Banking and Monetary Statistics*, p. 510.

minución de la renta nacional hasta 1934 y del volumen de gastos individuales. En ningún año entre 1930 y 1939 llegó el volumen de ocupación, a pesar del déficit anual, a ser igual que en 1929, y al estallar la segunda guerra mundial se calculaba que el número de desocupados oscilaba entre siete y diez millones. Sólo a causa de los enormes déficits en que se incurrió después de 1939, y del simultáneo aumento de inversiones particulares a través de compañías industriales, subieron las cifras de ocupación por encima del nivel de 1929.¹ Poco después del ataque a Pearl Harbor se sintió una aguda escasez de mano de obra así como el efecto inflacionario de un enorme plan gubernamental de financiación de la guerra.

Respecto a la cuestión del déficit permanente como modo de estabilizar el sistema económico, los que propugnan esa política arguyen que el aumento de producción hace más que contrapesar el costo representado por el aumento de la deuda pública. Si la financiación a costa de déficit logra una producción de bienes materiales cuyo valor excede del aumento de deuda, es evidente que desde el punto de vista nacional no hay pérdida, sino ganancia. Lo que se gana en que se viva mejor, dando trabajo y aumentando el poder adquisitivo individual, justifica el aumento de deuda.

Este argumento, parte, claro está, de que siempre hay y habrá una reserva de mano de obra y de materiales que si el gobierno no sigue esa política estarían ociosos, y de que la utilización de esos recursos aumentará la renta nacional líquida. Parte también, no sólo de que toda la deuda del gobierno debería ser perpetua, sino de que su importe debería aumentar constantemente. Quienes emplean ese argumento señalan el hecho de que las compañías particulares contraen deudas perpetuas o, lo que es más frecuente, deudas a vencimiento fijo, pero con la esperanza de redimirlas mediante la emisión de nuevas deudas, por lo que no hay razón para decir que el gobierno debe pagar las suyas.

El argumento debe partir, además, de que el aumento en la cantidad de intereses abonables en concepto de deuda interna no constituye un aumento líquido en la carga tributaria, pues lo que el gobierno recauda en concepto de impuestos para pago de deuda lo

(1) *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 321.

vuelve a abonar directamente a los poseedores de títulos. La verdadera carga tributaria no es, por lo tanto, más pesada a menos que el aumento de deuda sea resultado de empréstitos concertados en el extranjero, caso en que la adicional exportación de artículos y prestación de servicios, necesaria para hacer frente a los intereses y a la amortización, constituye mayor carga. Se arguye, pues, que si el aumento de población y de ingresos individuales corren parejos con el importe de la deuda y de los intereses, los impuestos por cabeza y por dólar de ingresos no tienen por qué ser más altos.

Implícita en este argumento está también la idea de que la eliminación de la desocupación no se puede lograr más que si el gobierno incurre en un déficit anual e inyecta más "sangre" en las arterias monetarias. Se podría decir, por lo tanto, que también lleva implícita la idea de que ya ha empezado la arterio-esclerosis de la economía.

2. *La tributación como instrumento de política financiera.*

Que el plan fiscal del gobierno represente o no una consciente tentativa para lograr otros fines que los de obtener para el Estado los fondos necesarios para sus actividades, lo cierto es que la variación en el vigor de diferentes tipos de impuestos produce diversos efectos económicos en el país. En los países más adelantados industrialmente se acepta casi generalmente la doctrina de que el plan fiscal, en conjunto, debe hacer que la carga de los gastos caiga sobre los que mejor pueden soportarla. Esta doctrina, conocida por "principio de la capacidad de pago", no significa que ciertos impuestos no deben descansar en otras bases¹, sino que implica la necesidad de que en la estructura fiscal, considerada en conjunto, existan los tipos progresivos. Lo elevado de los impuestos sucesorios, además de acomodar mejor la estructura fiscal al principio de la capacidad de pago produce también cierta redistribución de la renta y de la riqueza nacional.

(1) El impuesto de consumos sigue siendo en los Estados Unidos, y también en Inglaterra y otros países, una importante fuente de ingresos para el Estado. En los Estados Unidos, el impuesto de timbre y los impuestos sobre bebidas alcohólicas y tabaco proporcionaron un ingreso de 3.308 millones de dólares en el año económico que terminó el 30 de junio de 1945. El impuesto de consumos percibido por medio de los fabricantes y de los vendedores proporcionó la cantidad adicional de 1.207 millones de dólares. *Federal Reserve Bulletin*, marzo 1946, p. 319.

También se puede influir en el volumen de ahorros y de inversiones, pues la fuente principal del ahorro está en lo alto de la escala de ingresos individuales. Cuando la carga tributaria recae principalmente sobre las personas que disfrutan de grandes ingresos y el producto de los impuestos va a parar a manos de las personas cuyos ingresos son pequeños, directa o indirectamente se estimula a gastar y se desalienta de ahorrar¹. Los altos impuestos a ganancias de compañías y a la parte de los beneficios que no se distribuyen en forma de dividendos estimulan la demanda de los consumidores y disminuyen el incentivo que las compañías tienen para ahorrar y correr riesgos.

En tiempo de guerra se puede casi duplicar el impuesto a los beneficios extraordinarios líquidos correspondientes a un período básico, con objeto de impedir que a causa de las fortuitas circunstancias de la guerra y a expensas del resto del país se amasen grandes fortunas. Pero así como en tiempo de guerra están justificadas esas medidas, en tiempo de paz son muy discutibles porque podrían desalentar fácilmente de lanzarse a nuevas empresas y no aumentaría la actividad económica.

A diferencia del impuesto a los réditos, los impuestos indirectos, entre los cuales se cuentan el de consumos, el de timbre y el que recae sobre las ventas, recaen más pesadamente sobre los contribuyentes que cuentan con pocos ingresos, sobre las masas consumidoras que deben dedicar la mayor parte de sus ingresos a satisfacer sus necesidades fundamentales. A menores ingresos corresponde generalmente una familia más numerosa, y la proporción de lo que se necesita para artículos alimenticios, ropa, alquiler, etc., es mayor. Esos impuestos producen, por lo tanto, efectos regresivos y reducen el consumo. Si el sistema fiscal se basa principalmente en los impuestos indirectos como fuente de ingresos, en vez de basarse en los impuestos directos de tipo progresivo, el resultado será el aumento del volumen de ahorros individuales y de inversiones y al mismo tiempo la acentuación de las diferencias económicas y del

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(1) Si bien el progresivo impuesto a los réditos que sube bruscamente puede disminuir el volumen de ahorros individuales, no reduce necesariamente el volumen de inversiones, que, cuando las reservas monetarias del sistema bancario lo permiten, pueden ser financiadas por bancos de crédito, por ahorros de compañías y hasta por el propio gobierno.

modo de vivir de la gente. Al examinar ahora la política fiscal de la posguerra podemos considerar lo que importan esos aspectos de la tributación en dicha política.

La cuestión de la política fiscal de la posguerra.

Ya he indicado cuál fué la tendencia de los precios y de la financiación gubernamental en los Estados Unidos durante la guerra. Ahora que estamos en el período de la posguerra se plantea el problema de cuál ha de ser la política fiscal del gobierno. ¿Cuál es su política económica en general, y cómo se puede dirigir la política financiera para que ayude a lograr los propósitos económicos generales del país?

En el futuro inmediato, la política que se adopte debería aspirar a contener todo lo posible la inflación. Para reducir la presión de la demanda del consumidor deben mantenerse en el nivel actual, o muy cerca de él, los impuestos que afectan a las masas. Aunque nuestro impuesto a los réditos para 1946 responde a la demanda popular de impuestos en parte más bajos, especialmente aumentando el número de exenciones, tiene la ventaja de que facilita su administración y alivia a los grupos sociales que con menos ingresos cuentan, es decir, a los que más necesitan ayuda frente a la subida de precios y del costo de la vida. Nuestra extensa clase media, de la cual procede en gran parte la demanda de artículos, se beneficiará relativamente poco. Además, el presidente Truman ha adoptado, en unas recientes declaraciones, la impopular actitud de decir que no se puede pensar en reducir más los impuestos en los dos años que vienen.

Además de mantener los altos impuestos a los réditos, con objeto de contener la demanda de artículos, el gobierno, al suprimir recientemente el impuesto a los beneficios extraordinarios, ha procurado, en un esfuerzo para contener la inflación, influir mediante la política fiscal en el lado de suministro de artículos en la ecuación de precios. Se entiende, justamente, que la supresión de los impuestos a los beneficios extraordinarios aumentará el incentivo para que los industriales aumenten la producción.

Finalmente, el nivelar el presupuesto y el cancelar parte de la deuda pública son medidas de carácter deflacionario y, en consecuencia, elementos necesarios de la política fiscal para combatir con-

tra las actuales tendencias inflacionarias. La eliminación de los déficits anuales, aunque fuera transitoria, acabaría con la influencia que ejercen en el aumento en la circulación monetaria y en el volumen de los depósitos bancarios. El cancelar la deuda es medida deflacionaria porque frena el movimiento del dinero que circula en la compra de bienes, y en algunas circunstancias puede traer la reducción del crédito bancario. Aunque al presupuesto de los Estados Unidos para el año que ha empezado el 1 de julio le falta un poco para quedar nivelado, el presidente ha indicado la necesidad de nivelarlo y de cancelar parte de la deuda en los dos años próximos en que gozaremos de prosperidad. Esta política es económicamente sólida teniendo en cuenta las actuales circunstancias, pero queda por ver si políticamente es práctica y si las circunstancias, al cambiar en esos dos años, exigirán o no la adopción de medidas anti-inflacionarias.

Respecto a consideraciones a largo plazo, la política fiscal de los Estados Unidos debe dirigirse a evitar la deflación tanto como ahora se debe encaminar a evitar la inflación. El aumento de la deuda nacional y de la cantidad de intereses pagaderos cada año, así como de otras partidas del presupuesto de carácter permanente, como las destinadas a pensionar a los veteranos inutilizados por la guerra, hace imposible que los ingresos y los gastos puedan volver a las cifras de antes de la guerra. En cálculos más bien prudentes se han estimado que, en los años en que se pueda decir que hay trabajo para todos, los gastos normales del gobierno federal en el período de la posguerra, aparte de los correspondientes a seguros sociales, oscilarán entre 18.000 y 20.000 millones de dólares y que los ingresos ascenderán a una cantidad aproximada.¹ Si estas cifras fueran exactas, nuestros gastos serían más del doble de los de 1939, y nuestros ingresos más del triple.² Y como los ingresos y los gastos del gobierno nacional en 1939 no eran más que el 50 y 41 por ciento, respectivamente, de los gastos totales de nuestras

(1) C. Shoup, "Tres planes para la tributación de la posguerra", *American Economic Review*, diciembre 1944, pág. 757-770.

(2) Los gastos y los ingresos federales en 1939 fueron 8.700 y 5.165 millones de dólares respectivamente. *Banking and Monetary Statistics*, p. 513.

entidades gubernamentales —federales, estatales y locales—¹ el cálculo anterior queda, pues, un tanto corto al reflejar el verdadero volumen de dichos gastos, cuyo total puede pasar de 30.000 millones de dólares.

Se ve claramente que la actividad gubernamental no se puede financiar fácilmente con las cifras de renta nacional anteriores a la guerra. Aunque dicha renta pueda bajar a 140.000 millones de dólares en 1946, lo que representa una disminución en un 10 ó en 12 por ciento de los 160.000 millones de la renta de 1945, una nueva disminución producida por el aumento de la desocupación o la baja de precios y de jornales no sólo aumentaría la necesidad en que el gobierno se vería de sostener la actividad económica, sino que haría más onerosa la carga tributaria. El gobierno no puede permitir que vuelva la desastrosa deflación que ocurrió entre 1920 y 1921. Los precios y los ingresos individuales han de mantenerse al actual nivel o cerca de él, si el costo de la función gubernamental no ha de ser una carga excesiva.

Una vez que pase el actual peligro de inflación, la política fiscal puede dirigirse hacia el mantenimiento de un alto nivel de actividad económica y a evitar las fluctuaciones cíclicas. Probablemente, cuando más provecho se puede obtener a través del déficit presupuestario y del aumento de gastos es cuando la actividad económica empieza a aflojar. Y cuando mejores resultados produce la nivelación del presupuesto y la cancelación de la deuda es cuando la prosperidad se puede mantener sin intervención gubernamental. Si bien las modificaciones en los tipos de tributación y en la acen- tuación de cierta clase de impuestos pueden robustecer la mano del gobierno en su esfuerzo para lograr los fines que se propone, es dudoso que en el sistema fiscal se pueda introducir la suficiente flexibilidad para convertirlo en instrumento eficaz. Se puede ver también con cierto escepticismo la efectividad de las modificaciones de la política fiscal como medio de estabilizar la prosperidad, pero

(1) Los ingresos de los Estados y de los municipios en 1939 fueron 7.874 millones de dólares, y los gastos unos 10.000 millones. The Conference Board, *El almanaque económico* para 1941-42, p. 358, citado por Shultz en *American Public Finance*, 3ª ed., Nueva York 1944, pág. 63 y 334. Véase también A. H. Hansen y H. S. Perloff, *State and Local Finance in the National Economy*, Nueva York 1944, 3ª parte

hay que recordar que hasta ahora no se ha hecho un uso sistemático de este instrumento para estabilizar la economía. Los estudios hechos demuestran, por el contrario, que las alteraciones en la política financiera del Estado han tendido más a exagerar las fluctuaciones que a reducirlas. Por lo tanto, es probable que pueda dar grandes resultados, especialmente si esa política se coordina con otras medidas trazadas para lograr el mismo fin.

Conferencia pronunciada
el 31 de julio

Interpretación del Romanticismo

por GUIDO DE RUGGIERO¹

Me propongo trazar en esta conferencia la trayectoria de una corriente de pensamiento que se inició hace un siglo y medio. El tema podría parecer inactual; tiene sin embargo, un interés inmediato. Hace muy poco tiempo hubo en Italia discusiones sobre el romanticismo; en ellas muchos consideraron el movimiento que en Italia se llamó fascismo y en Alemania nazismo simplemente como un renuevo romántico. Y muchos —por ser antifascistas— se creyeron obligados a negar toda simpatía hacia el romanticismo. Pero, como dice el proverbio alemán, “no hay que arrojar el niño con el agua del baño”. Hay en el movimiento romántico algo patológico, sin duda, pero hay también mucho de vital y fisiológico. Urge, por lo tanto, volver a tomar posición frente a esta corriente espiritual. De esta nueva posición —que, anticipemos, no será ya de asentimiento total, sino condicionado— depende también el lugar que tendrá la cultura germánica en el mundo de hoy y de mañana; pues en el ámbito de la cultura nace el romanticismo, ella lo alimenta, y ella es también, en sus máximas expresiones del siglo XIX, romanticismo.

¿Qué es el romanticismo?

“*Natura di cose —decía Vico— è il loro nacemento in certe forme e in certe guise*”. Estudiaremos el romanticismo ante todo en su génesis.

(1) Reconstrucción de *Tulio Halperín Donghi* aprobada por el conferenciante.

Nace a fines del siglo XVIII y precisamente en oposición a la ideología hasta entonces dominante, la del iluminismo, de la "raison raisonnante", que anula en nombre de ésta otros impulsos vitales surgentes de capas más hondas del espíritu.

La primera oposición la planteó el *Sturm und Drang*, nombre que, como es sabido significa "tormenta y empuje". Los *Stürmer* combatían violentamente la razón abstracta en nombre de fuerzas instintivas, vitales. Exaltaban, por consiguiente el hombre ingenuo, el salvaje, aun no tocado por convenciones sociales o religiosas. Continuaban en cierto modo a Rousseau, pero se trataba de un Rousseau interpretado por el naciente espíritu alemán.

Por el *Sturm und Drang* pasaron Herder, Goethe, Schiller, Humboldt: lo más grande del espíritu alemán del tiempo. En todos ellos aflora el atenerse a fuerzas primitivas, espontáneas, contra la razón convencional, "filistea" (del romanticismo data precisamente el sentido despectivo de esta palabra). Así Herder, no precisamente romántico, sino pre-romántico, nos da una filosofía del lenguaje, interpretándolo no ya como un conjunto de formas trabadas entre sí con un criterio lógico (posición iluminista), sino de algo que nace de la actividad espiritual del hombre y se desarrolla en formas cada vez más amplias. Estudia Herder también la poesía popular, sobre todo la poesía hebrea primitiva, y ve en ella, no como los iluministas, las huellas de una inteligencia superhumana, sino, según la posición novedosa del romanticismo, el despertar de una fantasía potente.

En el joven Goethe hallamos la misma tendencia. Vemos en el "*Werther*" la contraposición de un sentimiento, el amor, frente a una creación social religiosa, convencional en suma: la familia. Y en su otra obra de juventud, el *Götz von Berlichingen*, el héroe romántico, Götz, halla demasiado estrecho el nuevo mundo de convenciones sociales al que debe amoldarse. Y lo mismo se advierte en el primer fragmento del *Faust*, el *Urfaust*, en el que vemos al hombre agitarse insatisfecho de un saber vano, buscando aun a través del pacto con el diablo una nueva vida, más cercana a las fuerzas primitivas.

Lo mismo en el primer Schiller, el de los *Räuber* —los bandidos— el héroe protesta románticamente frente a un mundo de convenciones. Y el joven Humboldt ha de tomar partido por el indivi-

duo y su libertad frente al estado en un libro que se llama precisamente así: *El individuo frente al estado*.

Surge entonces en la literatura romántica una figura característica: el superhombre, el hombre superior a leyes y convenciones, libre porque es fuerte. Era entonces sólo eso: un héroe de literatura, y de una literatura a menudo pesada; por lo tanto no se lo tomó muy en cuenta. Pero hemos visto que a lo largo del siglo XX este tipo de hombre ha de descender a la vida práctica y cercenará los derechos de los demás hombres; pretenderá colocarse por encima de la moral, mas en verdad quedará por debajo de ella.

El primer período de esta corriente se caracteriza por una recusación de todo límite, un desenfreno, que le quita eficacia, y provocará el apartamiento del *Sturm und Drang* de los más grandes escritores que participaron en él. Pero, como veremos, este apartarse del primer momento del romanticismo sólo en apariencia implica la negación de lo romántico.

En Goethe el apartamiento coincide con su viaje a Italia. Durante él toma el poeta contacto con la cultura griega y adhiere fervorosamente a las virtudes que halla en ella: el sentido de la forma, el orden, el límite. Hay aquí desde luego, una contradicción con la posición romántica primigenia, con el *Sturm und Drang*, pero es un contraste no vital, sino —diríamos— dialéctico. Imaginemos un ejemplo. Una fuente surge impetuosamente en una llanura; no admite límites ni barreras. ¿Qué ocurre? El agua, al expandirse, se estanca, pierde su fuerza. Esa fuerza violenta e ilimitada se nos aparece ya no como una fuerza, sino como debilidad. Pues lo mismo ocurre con esa fuerza nueva que irrumpe con el *Sturm und Drang*: sólo imponiéndose límites logra su más elevada potencia. Vemos al Goethe olímpico, al Goethe serenado de *Ifigenia*, y más tarde al del *Diván* y al del segundo *Fausto*, que no ha perdido por cierto su ímpetu, pero ha ganado en disciplina; al Goethe hombre de ciencia, que ve en la naturaleza una fuerza, si tumultuaria en apariencia, regida en verdad por un secreto orden, lo que le permite enunciar leyes como la del balance de la naturaleza.

Idéntico fenómeno se da en Schiller, en cuyos dramas juveniles los personajes aparecen convencionales y curiosamente faltos de vida a despecho de su actividad ilimitada y desbordante y de sus parla-

mentos vehementes; le falta al artista el necesario equilibrio. El Schiller maduro escribe las *Consideraciones sobre la educación estética del hombre* donde concibe el arte como escuela de equilibrio entre el contenido sentimental y la forma que ha de recibirlo.

Hay, pues, dos momentos; uno de fuerzas que brotan impetuosamente, otro en que esas fuerzas se asignan límites. Pero hay también un tercer momento, el propiamente romántico, en que la misma fuerza, con todo su ímpetu original, corre límpida entre sus límites. Ahora podemos plantearnos nuevamente la pregunta. ¿Qué es el romanticismo?

Para la ideología anterior, dominante en el siglo XVIII, la realidad era algo inerte, muerto, que nos es dado; la substancia. El romanticismo supone por el contrario que esa realidad es creación del espíritu, el cual es concebido como una actividad que se desarrolla continua y rítmicamente por medio de contrastes de oposición y superación.

Podrá parecer esto en un primer momento apartado de la vida real. Reparemos que no es así. Cuando surge en nosotros mismos una tesis, si nos limitáramos a enunciarla sería la nuestra una sabiduría muerta, inerte. Pero al enunciarla se presenta inmediatamente la duda, la objeción, que trataremos de superar. La tesis que supera la oposición no es ya la primera; es ahora más densa y rica. Sentimos dentro de nosotros el infinito, sentimos al mismo tiempo la necesidad de definirlo, por ende de limitarlo, y advertimos que el infinito supera los límites que imponía la definición propuesta. Esa ritmicidad caracteriza la vida espiritual.

La actitud liberadora del romanticismo fué en un principio desconcertante. Y en el pensamiento de algunos primitivos románticos esta nueva filosofía se presentó como antifilosofía. Consideraban que la filosofía no puede explicar la inmersión de nuestra futilidad en el mundo eterno. Esta misión ha de cumplirla el arte, definido como "el órgano de lo absoluto". Así Schelling o Federico Schlegel.

Pero esta posición no es duradera. El arte parece algo demasiado endeble; precisamente Schiller lo define como "un juego". Surge la fase religiosa. Se da al infinito, que es real, que compromete nuestra existencia, el nombre de Dios. Así Schleiermacher, el segundo Schelling y el joven Hegel.

Nace luego la posición filosófica del romanticismo. Esta, que parece nueva, no lo es en realidad; pues al buscar en el arte o la religión el órgano de lo absoluto, los románticos no procedían como artistas o religiosos, sino precisamente como filósofos. No quisiera que se creyese a esta posición romántica alejada de la vida; por el contrario, está unida a ésta, tal como querían los románticos.

Hay, por ejemplo una psicología romántica. Oponiéndose aquí también al iluminismo, cuya psicología estudiaba una clara estructura de sensaciones, asociaciones, etc., el romántico sostiene que el alma es más oscura, que sus sensaciones surgen de una fuente más oculta. Frente a la psicología solar, clarificada, simplificada, surge la telúrica, raíz oculta de la primera. El llamar la atención sobre el inconsciente o el subconsciente es un rasgo romántico.

Modalidad psicológica romántica es la ironía, que Schlegel llamó ironía romántica: una suerte de despego del espíritu frente a sus obras, despego que nace de la conciencia de su superioridad sobre lo que hace. Modalidad romántica es la nostalgia, la *Sehnsucht*, palabras que el romanticismo pone en boga. El romanticismo concibe el espíritu como una actividad que tiende hacia el infinito; el anhelo de ese infinito es la nostalgia. En la novela romántica el héroe siempre está insatisfecho de sus realizaciones. Y es rasgo común de todas estas novelas el quedar inconclusas. Esto no es casual; el fin de la novela romántica sólo podría ser la desaparición en la novela romántica el héroe siempre está insatisfecho de sus realizaciones. Y es rasgo común de todas estas novelas el quedar inconclusas. Esto no es casual; el fin de la novela romántica sólo podría ser la desaparición en el héroe de ese anhelo de realizaciones cada vez más perfectas, desaparición que aparejaría la muerte del espíritu. Aun el segundo *Fausto* no tiene, en este sentido, conclusión, pues en su última escena Dios redime a Fausto no por haber alcanzado la perfección, sino porque "podemos redimir al que siempre se ha afanado en su anhelo".

Y el romanticismo propone también una filosofía de la naturaleza, que se opone una vez más a la ideología mecanicista del iluminismo. El romántico ve a la naturaleza como algo orgánico, que procede por síntesis, no por análisis. En la época romántica se descubre la electricidad, se estudia el magnetismo y se halla en ambos esa polaridad que caracteriza el avance del espíritu. Ello confirma la idea romántica de que la naturaleza prepara oscuramente al hombre;

avanzando de una en otra contraposición se aproxima al hombre, y a través de éste toma conciencia de sí misma. Este avance hacia el hombre está lejos, pues, de carecer de sentido.

Hay un arte romántico. Para la edad anterior el arte era, como dijo un poeta, "il vero condito in molli versi"; el arte consistía en dar una forma ingeniosa a la verdad. El romántico repugna de esta fría intencionalidad, que juzga extraño al arte verdadero, más espontáneo. Hay más. El iluminismo observa el arte según las categorías del gusto, es decir, del que contempla la obra artística; el romanticismo enfocará el proceso creador y hablará del genio. El arte verdadero consiste para el romántico en fundir el genio y el gusto. El genio es imprescindible: da fuerza, da vida a la creación artística; el gusto aplaca, modela, serena. "Un contenido sentimental transparentado por una forma poética". Esta definición, que retoma Croce, es romántica en su espíritu y en su origen.

Y hay una religión romántica, menos árida y abstracta que la iluminística. La edad de las luces concibe a Dios como el arquitecto del universo, centro impersonal del mundo. El romanticismo transforma por completo la idea de Dios. Lo dice Schleiermacher: es la *Einfühlung* el sentimiento del infinito *en* nosotros, no *por encima* o *fuera* de nosotros. Es la de Schleiermacher una definición del misticismo, pero el misticismo no es toda la religión. Un misticismo sin formas que lo contengan desemboca en la vaguedad, en el vacío. Y los románticos rehabilitan el ritual, que para el iluminismo carecía de sentido; admiran la fuerza de la catedral gótica, considerada por el setecientos como reliquia de un pasado bárbaro; sienten la belleza de la música religiosa del Medioevo y de comienzos de la Edad Moderna. Esas formas del culto el iluminismo las contemplaba intelectualmente y desde fuera, y por eso sólo hallaba en ellas un antropomorfismo vulgar; el romanticismo se sentía dentro de ellas y captó toda su fuerza y belleza.

Y hay una historia y una política románticas. Sólo con leer a un historiador del seiscientos y aún del setecientos se advertirá qué renovación impuso en la historia el romanticismo. Para el historiador romántico la historia no es una mera sucesión de hechos desligados; el pasado no muere, vive en el presente, alimenta nuestra actividad actual. Nace de esa posición romántica la revaloración de la Edad

Media, el interés por el Oriente antiguo, que el iluminista estudiaba con fría curiosidad, como un mundo diverso y sin comunicación con el actual. El historiador romántico ve en el Oriente la cuna de la civilización, o más bien, la actividad telúrica que prepara la civilización solar de Occidente.

El romanticismo hace a la Nación protagonista de la política. La Nación se ha formado por la comunidad de lenguas, de sentimientos, de costumbres, de voluntades. Es, por cierto, algo muy diverso de la sociedad o el Estado que el iluminismo colocaba en el centro de la vida política. La Sociedad, o el Estado, tenían su origen en una aquiescencia de la razón a un cierto contrato social, y no interesaban capas más profundas de la conciencia individual. Eran organizaciones convencionales que el romanticismo no podía sino rechazar.

Es éste un rápido esbozo de lo que significa el romanticismo. Podría, desde luego, ser ampliado: el tiempo no me lo permite. Pero creo que habrá podido advertirse cuántos elementos románticos perviven en nosotros, aunque no empleemos el lenguaje del romanticismo, aunque hablemos más bien de espontaneidad o de valores. Y creo que se habrá visto también que el romanticismo, si contiene elementos patológicos como los contienen todos los organismos, es fundamentalmente un organismo vivo y sano.

Conferencia pronunciada en el Colegio el lunes 30 de setiembre de 1946.

Vida del Colegio

LAS CONFERENCIAS

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ: *Mahoma en España* (24 de setiembre)

El orador recordó en primer término que hace algunos años irritaba a los arabistas el que él atribuyera al choque con el Islam los males de España, e irritaba a los romanistas el que pretendiera explicar la historia de la península como consecuencia de la constante pugna entre la España cristiana y la árabe.

Hoy —agregó— piensan de la misma manera grandes figuras de los dos campos. Habló después de la trascendencia que tuvo para España y para Europa el desembarco de Mahoma en aquélla, una noche del mes de abril del año 711. Una gran parte de la península se incorporó a la órbita del mundo musulmán, recibiendo la esencia de la cultura musulmana. Y ahí está la inmensa, la prodigiosa cultura hispanoárabe de los siglos X, XI y XII. Los grandes maestros del arabismo español y del arabismo europeo han ido descubriendo poco a poco los servicios inmensos prestados a la cultura europea por esa cultura hispano-musulmana. Cuando Europa yace en las tinieblas de la Edad Media, los moros españoles hacen cosas prodigiosas. La madurez mental europea llegó siete siglos después. Y esa España se proyecta a este lado del mar, y a esa España, nos pese o nos agravie, pertenecemos espiritualmente todos los hombres de lengua castellana.

En España —siguió diciendo— no tuvimos ni feudalismo ni burguesía, porque España fué el país de los hombres libres y de la pequeña propiedad como consecuencia de la lucha contra el moro, convirtiéndose el valle del Duero en un desierto al cual van acudiendo gentes de norte y del sur: mozárabes, cántabros, vascones, astures, pueblos libres que establecen pequeñas agrupaciones urbanas, que viven incluso en régimen semicolectivo de trabajo, y son los que crean, en el siglo XII, la primera organización parlamentaria de Europa, casi veinticinco años antes que la Carta Magna. Pero a aquellas gentes les faltaba el sentido político, porque eran labradores, pastores y guerreros. Y la vida económica sufrió también las consecuencias del batallar perdurable ante el riesgo de perder la vida o convertirse en esclavos. Se pelea siempre, y la pelea es la única existencia de aquellos hombres que viven en la España cristiana. Cuando se vence al Islam y se conquista Andalucía en el siglo XIII, es difícil improvisar una economía industrial y mercantil, y se produce la invasión flamenca, que aprovecha la situación para convertir en una colonia industrial y mercantil el

reino de Castilla. Se refirió después el orador a la vida religiosa, y dijo que se caracterizó por la asombrosa tolerancia que existía, hasta el extremo de que el rey de Asturias educó a su hijo en una corte mora, en Zaragoza, cuando Almanzor arrasó León, se constituyó una comisión arbitral de dos cristianos y dos judíos para reconstruir la ciudad. Y mientras tanto, en Europa la intolerancia abrasaba los espíritus. Señaló a continuación que el Islam no hizo España, pero asentó matices y afirmó toda una serie de características hispanas milenarias. "Mahoma —expresó por último— fué un mal para España, porque al día siguiente de la invasión islámica, surgieron focos de resistencia a lo largo de la cordillera pirenaica motivando que algunos pueblos vivieran separados hasta siglos. Todavía pesa sobre nosotros trágicamente esa herencia del Islam. Pero yo, que soy español cien por cien, no puedo decir que, para el mundo, la sombra de Mahoma en España fuera funesta. España vierte, a través de la España cristiana, en el mundo europeo toda esa civilización que los españoles convertidos a Islam iban creando a través de los siglos. España, arma al brazo, defiende la Europa que nace. España fué después freno de Europa y avanzada de Europa".

PATRICK O. DUDGEON: *Los cuartetos de T. S. Eliot* (26 de setiembre)

Four Quartets son cuatro poemas escritos entre 1935 y 1942. En poemas fuertemente simbólicos el poeta busca un estado no-temporal que libere a la humanidad de su continua preocupación por el pasado y el porvenir. El tema de los poemas es la experiencia personal, la validez de esta experiencia y la salvación personal. En una conferencia dada en Londres hace algunos años Eliot declaró que las propiedades en las cuales la música concierne más directamente al poeta son el sentido del ritmo y el sentido de la estructura. Insistió que (1) el uso de temas recurrentes es tan propio de la poesía como lo es de la música, que (2) hay posibilidades de transición en un poema comparables con los diferentes movimientos de una sinfonía o de un cuarteto (3), hay posibilidades de un arreglo contrapuntal del argumento. Se refirió a los últimos Cuartetos de Beethoven. Cada Cuarteto tiene un gran símbolo unificador: Aire, Tierra, Agua, Fuego, y otro símbolo que deriva de éstos y los refuerza; una localidad simbólica. En *Bwent Norton* el símbolo es el Aire y una casa del campo, propiedad de un antepasado del poeta; en *East Coker* la Tierra, y el pueblo desde donde un antepasado del poeta partió en el siglo XVII para el Nuevo Mundo; en *The Dry Salvages*, el Agua y un grupo de rocas, fuera de la costa de Massachusetts, donde el poeta pasó su infancia; en *Little Gidding*, el Fuego, y la aldea inglesa célebre en la historia inglesa donde el poeta experimentó uno de esos "momentos de iluminación" que permiten ver la eternidad.

CURSOS Y CONFERENCIAS DE SETIEMBRE

Silvio Frondizi: Estado actual del problema político. Los lunes y viernes, a las 18.30.

Ricardo M. Ortis: Política ferroviaria argentina. Los lunes 2 y 9, a las 19.

Jorge Thénon: Sistema nervioso central. Los martes 3 y 10, a las 18.15.

Virgilio Reffino Pereyra: La propiedad horizontal de los inmuebles. El miércoles 4, a las 19.

Eduardo F. Sánchez Zimny: Problemas de América. I. América y el hombre, lunes 9, a las 19. II. América y Europa, jueves 12, a las 19. III. América y el mundo, lunes 16, a las 19.

Daniel Devoto: Comentarios sobre música moderna. Con ilustraciones vocales de Dora Berdichevsky, Lucía Bordelois y Martha Maille. El sábado 14, a las 18.

Guillermo Thiele: Aristófanes I. El lunes 23, a las 19.

Claudio Sánchez Albornoz: Mahoma en España. El martes 24, a las 19.

Moisés Polak: Los tumores. I. El miércoles 25, a las 19.

Patrick O. Dudgeon: Los cuartetos de T. S. Eliot. El jueves 26, a las 18.30.

Paul Bénichou: Impresiones de la Francia actual. El viernes 27, a las 19.

Guido de Ruggiero: Interpretación del romanticismo. El lunes 30, a las 19.

LOS LIBROS

LAS PRUEBAS DEL CAOS, por *Enrique Anderson Imbert* — Editorial Yerbabuena Buena, La Plata, 1946.

Desde 1934 Anderson Imbert no publicaba un libro narrativo; de aquella fecha data la novela *Vigilia*, injustamente olvidada por el autor, ya que en ella pueden señalarse las posibilidades de logros del libro recién publicado. En *Vigilia* el tema era lo de menor y sin embargo, era importante: el problema de un adolescente, Beltrán, en los diversos enfrentamientos con la vida: dominado unas veces por los hechos, imponiendo otras su personalidad, hasta el final de desaparición, de muerte, característico en la literatura de Anderson. Lo que a Anderson le interesaba peculiarmente era el tono narrativo, la andadura general de la novela, dentro de su peculiarísima visión de espacio y tiempo: "Juego con el espacio como con una cinta métrica que se desenvuelve y acorta a voluntad, y salto sobre el tiempo confundiendo los siglos como se confunden dos negativos a trasluz: esta aspiración de Beltrán puede sintetizar la aspiración de Anderson que, entonces, no lograba manifestarse en plenitud. Problema de espacio y tiempo, no como realidades sometedoras, sino como creaciones subjetivas que se van desprendiendo poéticamente de cada momento determinado, de cada personaje individual. Esas transformaciones: evasiones en humo, hombres chupados por el aire, hombres en vuelo, en planeo sobre planetas o la luz, caminando por la Vía Láctea, hombres como peces o pulpos, que en *Vigilia* aparecen como evasión por la fantasía, o sueños, o momentos de delirio, se harán real necesidad poética de vencer el espacio en el nuevo libro, que se llama exactamente: *Las pruebas del caos*. Lo mismo puede decirse de la interpretación alusiva del tiempo, que en la novela se produce sólo en aquellos momentos en que deja de vigilarse la conciencia del protagonista.

El tono general de *Vigilia* se inserta en una andadura temática real: las actividades del grupo de adolescentes: sus novias, sus paseos, sus aventuras; particularmente la vida de Beltrán: fracasos con las mujeres y con el estudio, aventura en el prostíbulo, ruptura con Beatriz, muerte final; en algunos momentos, los más logrados, se pasa a un plano infra o supra real —no importa la dirección de huida, sino la huida— que se señala expresamente como planos de fuga fantástica. En *Las pruebas del caos* el tono dominante es esa libertad de lo real, esa evasión que Anderson no quiere consignar irracional, sobrenatural, sino que sus personajes y el narrador confirman con la misma seguridad con que comprueban las demás apariencias, en un momento señala el autor esta peculiaridad: "el hombre cuando piensa es nada menos que un pedazo del caos" (pá-

gina 160). De ahí que la andadura estilística sea de una trabajada facilidad: ausencia de tono enfático, de tono poético, anotaciones a veces casi periodísticas. Así como en *Vigilia* se huía voluntariamente de todo sentimentalismo —entendiendo el término en su prístino sentido—, en *Las pruebas del caos* se elude con fuerte voluntad toda vibración valorativa o enfática. Luego señalaré hasta donde llega esta posibilidad.

Dentro del tono general de *Las pruebas del caos* aparece —ahora como la nota extraña, destacable— la inserción plena en el tono realista: en el comienzo de “El leve Pedro”, en el tono descriptivo de “El fantasma”, en el punto de partida tonal y psicológico de “El aire y el hombre”; este tono se destaca en aquellos relatos que tienen como ambiente una realidad muy frecuentada por el escritor: “Alejo Zaro se perdió en el tiempo”, “Luna de la ceniza”, “La muerte del agua”. La visión parte en la mayoría de los casos del ángulo del personaje, a veces del ángulo del narrador, pero está continuamente presente esa sensación de que el paisaje se ordena es función de quien lo ve, de que el medio se va recreando en la conciencia —alertísima— de los personajes o del mismo Anderson. En las narraciones en primera persona —“Luna de la ceniza”, “La muerte del agua”, “El político”— las metáforas agotadoras, sucediéndose unas a otras, dan esa motivación fundamental del libro: en desarrollo exhaustivo; lo real, prueba del caos, hecho por el espíritu de cada hombre, de esos hombres que no pueden salir de sus límites angustiosos, como tampoco puede salir Elohim (“El hijo pródigo”). Como en “El crimen del desván”, el duende; también el autor intenta diversificarse y divertirse con esos fatídicos juegos de azar que viven y escriben los hombres, “especialmente le divierte protagonizar todos los papeles”.

En dos narraciones: “Los duendes deterministas” y “El hijo pródigo” —diálogos con apenas insinuadas descripciones de lugar o de personas— aparece otro aspecto de la creación de Anderson. Sus personajes discuten, razonan, exponen, con una insistencia y una reiteración que hace recordar mucho a la de ciertos personajes de Ibsen, renovador en tal sentido de la técnica teatral: es un continuo vigilarse y repensarse de los personajes. La explicación de la anti-magia, de la anti-leyenda, la caracterización de los hombres, el planteo del problema de la libertad humana (“Los duendes deterministas”), o el sentido profundo de la vida, el misterio de las cosas, la indiferencia desvalida, necesitada de nuestra ayuda, de Elohim (“El hijo pródigo”), son temas aquí explicitados, que están latentes en toda la obra y que, en algún caso, como en “Fantomas salva al hombre”, toma tono dramáticamente actual.

Las metáforas, las comparaciones presentan el mismo carácter reiterativo, exhaustivo, que podía observarse en *Vigilia*; metáforas e imágenes que repiten el tema del mar, del agua, de los moluscos y peces; otras veces imágenes de término de comparación científico o biológico, en especial astros (“Al llegar al hotel se subió a la terraza. ¡Qué raro, qué raro! La ciudad, callada y disuelta en sombras, como maldita, como si nadie morase allí, excepto él, el Extranjero. Y en el cielo, enhiesto como un inmenso espejo, las estrellas parecían sólo reflejos de algún otro cielo estrellado, de algún otro cielo distante, muy distante, del que ya se sentía nostálgico. De una pedrada toda la noche estallarían en añicos, caerían a pedazos los falsos luceros y, detrás, se aparecería el gran ojo reventado” (pág. 50). Una calidad de imágenes que no resulta completamente nueva para nuestra literatura: recuerdo en este momento *Las fuerzas extrañas* de Lugones y *Ficciones* de Borges, los dos creadores de la literatura fantástica argentina.

Abundan en Anderson las descripciones impresionistas, muy en el tipo de las de Alfonso Reyes, claramente explicables en las intuiciones conformadoras propias de nuestro novelista: “Bajo la cruda luz de diciembre los campos desnudos por la seca retrocedían pálidos: sólo el quebracho se presentaba a

las cansadas en el paisaje en fuga y por un instante sonreía, verde y vivaz, por encima de los cardos" (pág. 69); visión en movimiento, no discriminación objetiva que en ciertos pasajes —por ejemplo en "Oscurecimiento en Nueva York"— alcanza una extraña dimensión.

Estos relatos fantásticos de Anderson son un tono nuevo en nuestra literatura. Relacionables con los relatos de Borges, quizás por la común derivación de fuentes —narradores de lengua inglesa, característicamente: Virginia Woolf, Henry James, Herman Melville, Nathaniel Hawthorne y, sobre todo, Chesterton y Poe; quizás alguna influencia de Kafka— tienen, sin embargo, un rasgo fundamentalmente diferencial. En Borges no hay aparente conflicto entre el poeta y el narrador; en Anderson lo hay entre el fondo de intuición poética y el estilo sacrificado de la narración. Empleando la terminología —espíritu = inteligencia, alma = sentimientos— se puede señalar en Anderson un conflicto del cual debe triunfar el espíritu, a costa de cualquier sacrificio. Esta dualidad se descubre en varios aspectos del estilo; por no señalar sino uno, en los diminutivos. En *Vigilia* abundan notablemente los diminutivos, en especial los de dirección afectiva; en *Las pruebas del caos* los diminutivos también abundantes son característicamente estético-valorativos, pero sin embargo, se encuentran todavía los de dirección afectiva: en los dos casos, índice de valoración subjetiva. Son notables estos escapes dentro del tono general de sencillez buscada, huyendo de todo sentimentalismo, de todo énfasis.

Conflicto de narrador, que es uno de los mayores sacrificios del Anderson profundo, poeta.

JUAN CARLOS GHIANO.

ANTROPOLOGIA FILOSOFICA, por *Ernst Cassirer*. — Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

Si comparamos al hombre con el animal, encontramos esta profunda y radical diferencia: El animal no está vagamente adaptado a su ambiente, sino coordinado con él en forma fija y rigurosa de tal modo que a cada estímulo del mundo circundante corresponde en él un modo preciso de reacción directa e inmediata. La adecuación entre ambos términos es tan perfecta, ajustada y continua que no hay resquicio por donde pueda asomarse un indicio siquiera de iniciativa individual. La situación del hombre, en cambio, es hartamente diferente. La realidad ya no representa para él esa fuerza compulsiva que lo aprisiona en el círculo de sus necesidades inmediatas. Su relación con el medio se ha tornado infinitamente libre. La reacción, que el animal dispara en forma repentina, es demorada en él por un largo y complejo proceso de pensamiento. Allí es donde se ubica el vasto organismo cultural, dominio en el que, según Cassirer, debe buscarse la auténtica realidad humana. El hombre sólo puede definirse en términos de cultura. Si la palabra humanidad tiene algún sentido —dice Cassirer— ése es, sin duda, el que designa el sistema de las actividades humanas.

La definición tradicional, que veía en él nada más que su aspecto racional (sea su razón metafísica —antigüedad clásica—, sea su razón matemática —época moderna—), se ha revelado insuficiente para una caracterización exhaustiva de la realidad humana. No es posible "explicar" con el mero recurso de la razón productos tan auténticamente humanos como el arte, la religión, el lenguaje o el mito. La visión completa del hombre sólo puede lograrse por la inspección de sus obras. Pero estas obras tienen carácter discursivo o simbólico. Porque la cultura no es una sustancia que pueda existir

independientemente del mundo físico, sino algo que fatalmente adhiere a él, que lo penetra y lo transforma. Por obra suya las cosas pierden su efectividad, dejan de ser "reales" para convertirse en "signos" de los valores que encarnan. Toda obra de cultura se nos da siempre, a través de un trabajo de interpretación, como el sentido que anima un objeto real. Encarado desde este nuevo punto de vista, considerado el hombre como el ser que es capaz de imprimir al mundo real un cambio de sentido, estructurando sus diversas partes según las normas ideales de un mundo cultural, Cassirer suplantó la clásica y escueta definición de "animal racional" por la más comprensiva de "animal simbólico". Es ese carácter estructural o simbólico el que hace que todo método reductivo-analítico que trate de buscar en la cultura los elementos simples susceptibles de "explicarla" esté abocado a un total fracaso. Las obras de cultura sólo pueden ser descriptas en términos de síntesis; su estructura teleológica exige que la comprensión del todo preceda el análisis de las partes. Cassirer condena toda definición sustancialista que intente caracterizar la auténtica realidad humana sea por una esencia metafísica, sea por un carácter meramente empírico. La definición del hombre debe ser funcional: su característica esencial no es su naturaleza sino su obra. Pero esta obra es muy variada. Por eso la Antropología filosófica debe tratar de descubrir, tras las diferentes estructuras culturales, el aliento común que las anima; pues con ser tan diversas por su forma y contenido, la función que las mueve es idéntica en todas. A través de cada una de ellas trata el hombre de rehuir los límites de la realidad inmediata construyéndose un mundo objetivo e ideal. Cada rama de la cultura representa una vía distinta de acceso a ese mundo creado por la actividad discursiva propia del hombre.

El mayor o menor peso de los elementos que integran la cultura y determinan su carácter simbólico no sólo define, desde un punto de vista histórico, la índole revolucionaria o tradicionalista de las distintas épocas, sino que, desde un punto de vista sistemático, señala también un rasgo diferencial de los diversos ámbitos culturales. El mito es aquella forma de cultura en que el peso de lo social gravita con fuerza tan enorme que sofoca toda iniciativa individual. En la religión, forma tardía del mito, surge un nuevo modo de conciencia social. La posición del individuo frente a lo absoluto depende aquí de una decisión personal. La poesía parece ser aquella forma de cultura en que el espíritu individual se expande libremente desligándose hasta cierto punto de todo esquema previo. El lenguaje en cambio representa aquella otra forma de cultura en que la espontaneidad individual se atiene en forma algo más estricta a las formas ya establecidas.

El proceso de autoliberación del hombre, que es la cultura, sigue distintas vías. Con la estructura simbólica del mito y de la magia el hombre trasciende los límites espaciales y temporales de su vida individual sumiéndose en actitud afectiva en la unidad vital del cosmos. En la religión el individuo, elevado a la categoría personal, supera su egoísmo entrando a formar parte de la comunidad ética de personas libres. Gracias al simbolismo del lenguaje el flujo continuo y cambiante de las percepciones cristaliza en torno a centros fijos: la palabra. El lenguaje marca una etapa todavía imperfecta en el proceso de objetivación del mundo. Es un intento de clasificación, pero aun rudimentario e inconexo. La máxima objetividad y la perfecta sistematización se alcanzan sólo en la ciencia, el logro más alta de la cultura humana. El simbolismo del número ha demostrado ser la palanca metódica indispensable en la conquista de la realidad. El carácter simbólico del arte se revela en la transmutación que opera en la materia al plasmarla según el ritmo de las formas sensibles puras. En la historia, gracias a la interpreta-

ción de los documentos del pasado, nuestra escasa experiencia personal se enriquece con nuevas formas de vida.

Tal es el esquema del libro de Ernst Cassirer. Aparte de los capítulos dedicados al estudio histórico y sistemático-estructural de los distintos sectores culturales —que el autor desarrolla por oposición con las teorías intelectualistas de la cultura—, se agrega además el examen de la estructura simbólica del espacio y del tiempo, acaso la parte más interesante de todo el libro.

AMALIA H. RAGGIO.

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

JOAQUIN XIRAU:

Nació en Figueras, en 1895, y murió en México en 1946. (Ver el artículo de José Ferrater Mora en el número 173, junio de este año, de "Cursos y Conferencias".) Profesor de la Universidad de Barcelona, radicado en México después de la guerra civil. Educado en la Universidad de Barcelona, formado luego espiritualmente bajo el magisterio de don Manuel B. Cossio e influido filosóficamente por García Morente y Ortega y Gasset, Xirau contribuyó a introducir en España las corrientes filosóficas contemporáneas y en particular la fenomenología de Husserl. *Obras principales*: "Las condiciones de la verdad eterna en Leibniz", 1921; "Rousseau y las ideas políticas modernas", 1923; "El sentido de la verdad", 1927; "Descartes y el idealismo subjetivista moderno", 1927; "Amor y mundo", 1940; "La filosofía de Husserl", "Introducción a la fenomenología", 1941.

WALTER H. DELAPLANE:

Ver "Cursos y Conferencias" de agosto de este año, número 173, año XV, volumen XIX.

GUIDO DE RUGGIERO:

El doctor Guido de Ruggiero nació en Nápoles, en 1888, y ocupa desde 1925 la cátedra de Historia de la Filosofía en la Universidad de Roma, casa de estudios cuyo rectorado desempeñó. Durante el ministerio de Bonomi ocupó la cartera de instrucción pública.

Es mundialmente conocida la obra de este pensador italiano, entre cuyas obras más difundidas figuran "La filosofía contemporánea", "Historia de la filosofía", "La filosofía griega", "La filosofía del cristianismo", "Renacimiento, Reforma, Contrarreforma", "El pensamiento político meridional en los siglos XVIII y XIX", "Historia del liberalismo europeo", "Sumario de la historia de la Filosofía" y "Filosofía del 900".

RESUMEN DEL ESTADO GENERAL DE RECURSOS Y GASTOS AL
30 DE SEPTIEMBRE DE 1946

R E C U R S O S

Caja. Efectivo disponible		198.12	
Banco Popular Argentino - Depósito en Cuenta Corriente		3.636.18	
Deudores Varios		463.50	
Banco Popular Argentino - Títulos en cus- todia (Fondo Edificio Propio)		7.890.36	
Bco. Pop. Arg. - Títulos en custodia (becas)	14.509.64		
Bco. Pop. Arg. - Efectivo (becas)	894.71	15.404.35	27.592.51

G A S T O S

Revista		520.—	
Boletines		55.—	
Gastos Cursos		300.—	
Alquiler		437.—	
Sueldos		560.—	
Comisión cobranza y viático		199.90	
Propaganda General		1.200.—	
Valores en Custodia		24.80	
Valores de Terceros		45.45	
Aporte Patronal Jubilatorio		63.57	
Varios		120.—	3.525.72
			<u>24.066.79</u>
Saldo a favor disponible			24.066.79

Cuenta Becas:

Estudios Económicos	14.617.64		
Bachillerato de los Cien Autores	788.71	15.404.35	

Cuenta Fondo pro Edificio Propio:

Fondo acumulado		7.890.36	23.294.71
-----------------------	--	----------	-----------

Superávit

772.08

Buenos Aires, setiembre 30 de 1946.

INDICE DEL VOLUMEN XXIX DE CURSOS Y CONFERENCIAS

<i>AYALA, Francisco</i> : "Dos discusiones sobre método sociológico".....	
<i>BADANO, Sara</i> : Comentario bibliográfico de "Ethics and Language", by Charles L. Stevenson	
<i>BELLEVILLE, Guillermo</i> : "El método de Avelino Gutiérrez".....	
<i>CERESETO, Elida Lia</i> : Comentario de "La enseñanza de la historia", por Amaranio Abeledo	
<i>DELAPLANE, Walter H.</i> : "Problemas del comercio internacional"	
— "Estabilidad monetaria internacional"	
— "Los ciclos económicos en los Estados Unidos"	
— "Política fiscal de la posguerra"	
<i>DE RUGGIERO, Guido</i> : "Interpretación del Romanticismo"	
<i>DONGHI HALPERIN, Renata</i> : "De La vita nova"	
<i>FATONE, Vicente</i> : "Drama y danza"	
<i>FERRATER MORA, José</i> : "Joaquín Xirau"	
<i>GHIANO, Juan Carlos</i> : Comentario bibliográfico de "Fábula del pez y la estrella", de Antonio Aparicio	
— Comentario bibliográfico de "Raza de bronce", de Alcides Arguedas	
— Comentario bibliográfico de "Las pruebas del Caos", por E. An- derson Imbert	421
<i>GILLI, José A.</i> : "Ubicación histórica y psicológica del Taylorismo"...	225
<i>GIMENEZ BONNET, Abelardo B.</i> : Comentario bibliográfico de "En- sayo sobre el jacobinismo", por Roger P. Labrousse	
<i>GIUSTI, Roberto F.</i> : Discurso en el sepelio de Pedro Henríquez Ureña	
<i>HALPERIN DONGHI, Tulio</i> : Comentario bibliográfico de "Guía po- lítica de nuestro tiempo", de G. B. Shaw	349
<i>LOPEZ NEGRETE, María</i> : Comentario bibliográfico de "La enseñanza de la historia", por Amaranio Abeledo	
<i>MAGALHAES, Homero Baptista de</i> : "El trigo en el intercambio Ar- gentino-Brasileño. Necesidad de una solución de fondo"	
<i>MAUDET, Ariel</i> : "La condesa de Noailles"	
<i>MORRIS, Charles W.</i> : "Los signos y las situaciones conductistas"....	
— "¿Frustrados o libres?"	
<i>ORTIZ, Ricardo M.</i> : "La economía y la hora actual"	
<i>PALANT, Pablo</i> : Comentario bibliográfico de "El ancho camino", por Valentín Fernando	110
<i>PUIGGROS, Rodolfo</i> : "Mariano Moreno. Entre Solórzano y Rousseau"	203
<i>RAGGIO, Amalia H.</i> : Comentario bibliográfico de "Antropología Fi- losófica", por Ernst Cassirer	424
<i>REISSIG, Luis</i> : "Colegio Libre, 1946"	113
<i>ROMERO, Francisco</i> : "Las ideas de Rivadavia"	77
— "Influencia del descubrimiento de América en las ideas generales"	89
— "Tiempo y destiempo de Alejandro Korn"	255
<i>THENON, Jorge</i> : "Perspectivas de la cultura superior"	187
— "Homenaje a Avelino Gutiérrez"	271
<i>TATE, H. R. M.</i> : Comentario bibliográfico de "Política argen", por Silvio Frondizi	171
<i>XIRAU, Joaquín</i> : "Dimensión del tiempo"	359

